ladas de tierra al pobre rayo de luz, con la perversa intención de sepultarlo.

Y sobre las paladas de tierra montábase el luminoso destello, dándosele un ardite del loco empeño de su enterrador, en tanto que *Envidia* se mesaba de puro despecho los cabellos al ver que el terco rayo de lumbre no se dejaba meter en la sepultura.

—Pues verás ahora, decía *Nulidad* yendo en auxilio de *Egoísmo;* verás ahora cómo yo lo voy á soterrar. Y ¡santo Dios! ¡allá van las basuras de la casa; allá van los tiestos del corral; allá va el cascote de la fábrica; allá va el estiércol de la cuadra!

Y á todas estas el rayo de luz con prodigiosa agilidad se encaramaba de un salto sobre las horruras que le echaban, desde las cuales proseguía desafiando á los sepultureros, cada vez más alto, cada vez más brillante.

A voces pidió *Envidia* refuerzos á las comadres del barrio; y en tropel acudieron: *Medianía,* con sus cestos de hojarasca; *Ineptitud,* con sus costales de escorias; *Vileza,* con sus espuertas de lodo; *Indignidad,* con sus odres de inmundicia; *Calumnia,* con sus cacharros de sierpes; y una tras otra fueron vaciando la carga sobre el promontorio que se convirtió en montaña.

Y mientras tanto, el rayo de luz arriba, arriba, siempre arriba; hasta que, traspasando el muro, tomó las proporciones de claridad soberana.

—¡Por los cuernos de mi patrono, que nos hemos lucido! gritó *Egoísmo* con el dragón del despecho escarbándole las entrañas. ¿No lo ves, mujer? ¿no lo ves, hija? ¡Le hemos elevado, le hemos engrandecido!

Dispersáronse corridas las comadres, cayó *Nulidad* muy malita, y tal sofocón acometió á *Envidia,* que por poco no lo cuenta.

Al salir de su ataque abrió los empañados ojos, buscó el rayo de luz y no lo vió.

Estaba ciega.

NICANOR BOLET PERAZA.

Nueva York.

EL PRIMO SEVERO



—¿Conque es tu *primo* Severo?
¡pues que se marche ligero!
¡Por Dios! las diez van á ser
¡y ni hay fuego!...
—¡Qué ha de haber!
¡como mi primo es bombero!

EPIGRAMA

—¿La cabeza á tu mujer
rompiste sin compasión?
no comprendo la razón
que hayas podido tener.
¿Creiste en torpes flaquezas...
ó estás loco? no lo acierto.
—Soy un *enigma*, ¿no es cierto?
—¡Hombre, no! un *rompe-cabezas*.

SURSUM

Cuán grata es la ilusión á cuyos lampos
tienen perenne vida los amores,
inmarcesible juventud los campos
y embriagadora eternidad las flores!
¡Cuán vívido es el iris que colora,
magia oriental la suspirada orilla,
y á cuyo hermoso resplandor de aurora
radia hasta el fango que después mancilla!
La verdad, si engrandece la conciencia,
devora el corazón, nunca sumiso:
es el fruto del árbol de la ciencia,
y siempre hace perder el paraíso.
Mas aunque el bardo mate la quimera,
y desvíe y aparte de sus ojos
el prisma encantador, y por doquiera
mire sombras y vórtices y abrojos,
ha de cantar la redentora utopia,
como otra estatua de Memnón que suena,
y ser, perdida la esperanza propia,
el paladión de la esperanza ajena!

Cuando el mundo, ese Tántalo que aspira
en vano al ideal, se dobla al peso
de la roca de Sísifo, y espira
quemado por la túnica de Neso;
cuando al par tenebroso y centellante
perdona á Barrabás y mata al Justo,
y pigmeo con ansias de gigante,
se retuerce en el lecho de Procusto;
cuando gime entre horribles convulsiones,
para expiar sus criminales yerros,
mordido por sus ávidas pasiones,
como Acteón por sus voraces perros;
cuando sujeto á su fatal cadena
arrastra sus desdichas por los lodos,
y cada cual en su egoísta pena,
vuelve la espalda á la aflicción de todos:
el vate, con palabras de consuelo,
debe elevar su acento soberano,
y consagrar con la canción del Cielo,
no su dolor, sino el dolor humano!

Sacro blandón que en la capilla austera
arde sin tregua como ofrenda clara,
y consume su pábilo y su cera
por disipar la lobreguez del ara;
vaso glorioso en donde Dios resume
cuanto es amor, y que para alto ejemplo
gasta y pierde su llama y su perfume
por incensar en derredor el templo;
sublime don Quijote que ambiciona
caer al fin entre el fragor del rayo,
torcida y despuntada la tizona
y abierto y rojo por delante el sayo;
ave fénix que en fúlgidas empresas
aviva el fuego de su hoguera dura,
y muere convirtiéndose en pavesas
de que renace victoriosa y pura...
¡Eso es el bardo en su fatal destierro!
Cantar á Filis por su dulce nombre,
cuando grita el clarín: ¡Despierta, hierro!
¡Eso no es ser poeta, ni ser hombre!

Mientras la musa de oropel y armiño
execra el polvo por amar la nube,
y hace sus plumas con la fe de un niño
y hacia un azul imaginario sube;
mientras Ofelia, con el pecho herido
por Hamlet y sus trágicos empeños,
marcha á las ondas del eterno olvido,
cogiendo flores y cantando sueños;
el numen varonil entra en la arena,
prefiriendo al delirio y al celaje
la ciudad con sus ruidos de colmena
y el pueblo con sus furias de oleaje;
y contempla la tierra purpurada,
y toma y alza, con piedad sencilla,
un montón de esa arcilla ensangrentada...
y ese montón de ensangrentada arcilla
adquiere vida entre su mano estoica,
vida inmortal y fulgurantes alas,
y en él respira una belleza heroica,
como en la estatua de la antigua Palas!

Guardar silencio y poseer la trompa,
la recia trompa á cuya voz no exigua
vendría á tierra, con su estéril pompa,
el muro hostil de la ciudad antigua;
ser un Aquiles que á la lid prefiera
recordar á Briseida en el retiro,

aunque Patroclo batallando muera...
¡Eso es faltar á Dios! Pero ¡qué miro!
Cual la crin de un raudal que de alto arranca,
tus cabellos se agitan... ¡Oh maestro!
¿Por qué sacudes la cabeza blanca,
cual si quisieras arrojar el estro?
¿Por qué no te alzas á la faz de Harmodio,
y no repeles, cuando Atenas grita,
esa montaña de calumnia y odio
que sobre tu hombro de titán gravita?
Tu Etna será para tu fuerza flojo;
confía en tí y á tu misión no faltes,
que al hado cruel que lapidó tu arrojo
irá el volcán cuando debajo saltes!

¡Abre la puerta al entusiasmo ausente;
mueve de un grito el desusado gonce;
y como á chorros de fusión ardiente,
vierte en los mimbres el vigor del bronce!
¡Derrama el verbo cuyos soplos crean
la fe que anima y el valor que salva,
y que á tu acento nuestras almas sean
como tinieblas que atraviesa el alba!
Para el poeta de divina lengua
nada es estéril, ni la misma escoria.
Si cuanto bulle en derredor es mengua,
¡sobre la mengua esparcirás la gloria!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

Méjico.

EROS

Desnudo ostenta el hombro alabastrino,
gallarda como rosa en primavera,
y del pecho la comba lisonjera
de encajes orna y transparente lino.
Voluntades rendir es su destino:
si ruega, manda; si suplica, impera;
que no la vió el placer más hechicera,
de la hermosura en el altar ciprino.
En tí clavando los ardientes ojos,
con tierno halago su pasión delata
y al ósculo supremo te convida.
Acude, vén sobre sus labios rojos...
y no importa morir, que, si amor mata,
del beso del amor nace la vida!

JACINTO GUTIÉRREZ COLL.



EL PAPÁ
DE
NINÓN

VAMOS, dijimos á don Pedro, asiéndole de un brazo; déjese usted de excusas y entremos en esa confitería á tomar un *vermouth*.

—Gracias, contestó; pero no puedo complacer á usted; mi mujer me espera y cuando me espera mi mujer, no me detengo por nada ni por nadie. Conque, abur, amigo.

—¡Pero, don Pedro! un minuto no más...

—¡Ni un segundo!

—¿Teme usted que se enfade su señora?

—¡Qué quiere usted! conozco el carácter de mi mujer y sé á lo que me expongo si no llego á casa á las seis en punto, hora en que, desde tiempo inmemorial, se sirve la comida.

—¿Desde tiempo inmemorial?

—Sí, señor; desde que me casé.

—¿Y hace mucho tiempo de eso?

—No lo recuerdo, porque todavía no tenía *uso de razón.*

—¡Pues es original!

—Conque... ¡expresiones á la familia!

—No se vaya usted; de todos modos, si se trata de comer, ¿qué importa que no llegue á las seis en punto? ¡con tal que llegue usted á las seis en punto... y *coma!*

—Además, hoy no tendría disculpa posible; hoy va á

comer con nosotros el novio de Ninón, y mi presencia es indispensable á esa hora.

—¿Conque se casa Ninón?

—Creo que sí.

—¿Con el comerciante?

—No, no es con ése.

—Pues yo creía que se había declarado...

—Efectivamente, se declaró... pero se declaró en quiebra.

—Declaración que no haría mucha gracia á su hija.

—¡Figúrese usted!

—¡La pobre le amaba tanto!

—¡Mucho! Mi mujer y yo creímos por un momento que la chica se moría, pero por fortuna no se murió y ya está más consolada.

—¡Por fuerza! su nuevo novio habrá sido para ella una especie de lenitivo. ¿Qué tal es?

—¿Quién? ¿mi futuro yerno? Hombre, á decir verdad, no le conozco á fondo; he hablado con él pocas veces.

—¿Y le entrega usted la mano de su hija?

—No, yo no, sino mi mujer, que es la que corre con estos asuntos caseros.

—Pues yo creo que estas cosas no deben mirarse con tanta indiferencia; se trata de la suerte de su hija.

—¿Y qué?

—¡Cómo! ¿No teme usted que los remordimientos amarguen sus días, si Ninón llega á ser desgraciada?

—¿Y de qué me serviría poner reparos á una boda que es del agrado de mi mujer, que ha decidido mi mujer y de la que ya tienen noticia todas las amigas de mi mujer?

—Pero... ¿y su autoridad?

—¿Qué autoridad?

—La que tiene todo marido.

—¡Bah! Yo soy una especie de marido constitucional; reino, pero no gobierno.

—El hombre que es hombre nunca abdica sus derechos en su esposa, porque es una cobardía.

—Será una cobardía, será todo lo que usted quiera; pero

á mí me gusta mucho la tranquilidad y no es el camino más seguro para llegar á ella el de la discordia. ¿Que mi mujer quiere una cosa? Bueno, pues hágase su santa voluntad así en la tierra... como en el infierno, y ríase de mí cuanto quiera el mundo. Seré en mi casa un cero á la izquierda, pero ¿y qué? á los arrebatos y desazones de *los unos*, prefiero una y mil veces la tranquilidad de los ceros. Además, respecto al matrimonio de Ninón, no tengo temor alguno: su novio es un chico de porvenir y de muy buena familia; desciende de los



Incas, según me ha contado mi mujer; creo que de Manco-Capac.

—¿Y conserva algunos rasgos típicos de su raza?

—Sí, muy marcados. ¡Como que aunque quisiera ocultar su origen no podría! En la mesa, sobre todo, es donde más claramente se ve que desciende de los Incas.

—¿Por qué?

—Porque en cuanto aparece una golosina, le *hinca* el diente.

—¿Y Ninón le ama?

—¿Pues no le he dicho á usted que se casa con él?

—Eso no es una razón.

—Es verdad, no es más que un indicio; pero yo creo que sí.

—¿Y hace mucho que se conocen?

—Unos seis meses; se vieron en el hotel de una estación balnearia y sus miradas se cruzaron como encendidas flechas. Por cierto que poco faltó para que hubiese un lance sangriento. Ya sabe usted que mi hija es muy agraciada... y usted perdone este rasgo de orgullo paternal. Pues bien, su presencia en el hotel causó sensación entre la juventud dorada, que no tardó en asediarla con sus lisonjas; entre los más rendidos había dos que no la dejaban á sol ni á sombra.

— Uno de ellos sería el Inca.

—Uno de ellos era el Inca, sí, señor, y el otro un caballero de aire distinguido y elegante, no muy joven, pero en cambio bastante rico, que dedicaba su fortuna á los pobres, prestándoles al setenta y cinco por ciento de interés... ¡Un alma de Dios! Antes de declararse á mi hija, procuró introducirse en el corazón de mi mujer, la cual no tardó en sentir por él verdadera simpatía y en hacerle objeto de sus predilecciones.

—Pero... ¿y el Inca?

—El descendiente de Manco-Capac quiso probar que si tiene mucho de Capac no tiene nada de *manco*, y al efecto apeló á un ardid que le dió excelente resultado. El caso es que había advertido que el prestamista estaba enfermo del ojo izquierdo, en el que había recibido un aire que le obligaba á guiñarlo continuamente, é hizo correr la voz de que su rival trataba de seducir á todo el bello sexo del balneario. La noticia causó impresión y no hubo papá ni marido que no se pusiese en guardia, no tardando, efectivamente, en observarse que el caballero en cuestión guiñaba el ojo á todas las mujeres.

—¿Y á los hombres no?

—Es que el tal no tenía ojos más que para el bello sexo y apenas se dignaba mirar á los hombres. El primero que se alarmó fué un juez de paz, que vivía en continua guerra con su mujer, pues era más celoso que un turco. Pocos momentos

después, en la mesa, al notar las guiñadas de ojo que el prestamista dirigía á su hermosa Desdémona, no fué dueño de sí mismo y le envió, por medio de uno de los camareros, un cartel de desafío. En vano el desdichado prestamista trató de probar su inocencia; el juez, que estaba ciego y no atendía á razones, le había sentenciado inexorablemente á muerte y no hubo forma de que revocara el fallo. La mujer del juez, por otra parte, que era de corazón sensibilísimo y había tomado á lo serio las guiñadas de ojo del prestamista, de quien se creía amada, quiso salir en defensa de aquel reo de amor; pero en lugar de favorecer su causa, la agravó considerablemente, puesto que el magistrado se confirmó más y más en sus sospechas. Y sus razones tendría el juez. Mientras tanto, el hecho era objeto de los más animados comentarios en el hotel. No se hablaba de otra cosa. Mi mujer era la que se mostraba más indignada.—¿Pero ha visto usted? decía toda acalorada al Inca; ¡tratar de seducir á la mujer del juez, después de haberme jurado que Ninón era el único amor que había sentido en la tierra! pues si no le mata su rival, yo haré que mi marido le levante la tapa de los sesos.—En fin, el escándalo subió de punto, y todas las señoras, capitaneadas por la mía, se pusieron de parte del juez. Hubo, no obstante, un señor, tan caritativo como feo, que salió en defensa del desdichado prestamista, diciendo que le tenía por inocente de la falta que se le imputaba, pues á él mismo acababa de guiñarle el ojo y no creía que lo hubiese hecho con mala intención. El argumento no dejó de parecer razonable á algunos, que empezaron á arrepentirse de sus juicios temerarios, pero desgraciadamente el Inca de mi yerno se había propuesto perder á su rival, y á la sensata observación del señor feo, contestó que él no creía en tal inocencia, sino más bien que el prestamista seguía guiñando el ojo á todo el mundo, para dar á entender que se trataba de un defecto físico ó de alguna afección accidental, y desvirtuar de este modo la tremenda acusación del juez y no comprometer á la mujer de éste.

—¿Y lo creyeron los demás?

—¿Quién no cree en lo que perjudica al prójimo? Lo cierto

es que el pequeño Manco-Capac puso fuera de combate á su rival en el corazón de mi mujer y que no tardó en apoderarse de la voluntad de mi hija.

—Pero ¿se batió el prestamista con el juez?

—El juez envió al prestamista sus padrinos, éste nombró los suyos, y quedó concertado el duelo para el amanecer del día siguiente. A la hora convenida, presentáronse en el sitio elegido para el lance, el juez y dos amigos suyos, pero no



tardó en pintarse la impaciencia en los semblantes, al ver que no acudía el adversario. Cansados de esperar y de hacer toda clase de comentarios desfavorables para el prestamista, resolvieron regresar al hotel, pero á la mitad del camino vieron aproximarse un coche.—¡Alto! dijo el juez á su cochero.—Y luego, dirigiéndose á los testigos, añadió:—Ahí viene nuestro hombre.—Pero desgraciadamente no era él, sino simplemente los padrinos del prestamista, los cuales dieron al magistrado la grave noticia de que su ahijado acababa de huir con su mujer.

—¿Con la mujer del magistrado?

—Sí, señor, y puede usted figurarse el efecto que tales palabras harían en el marido burlado. Verde de ira, increpó duramente á los recién llegados por no haber seguido á los prófugos, acusación que rebatió victoriosamente el señor feo, que era uno de los padrinos del prestamista, diciendo que lo que menos necesitaban los prófugos eran de testigos. El caso es que regresaron todos al hotel y que el juez abandonó inmediatamente el balneario en seguimiento de los culpables.

—¿Y dió con ellos?

—No, señor; creyendo que se habrían marchado á algún



punto ignorado del extranjero, ante la inutilidad de sus pesquisas, resolvió marcharse también y escudriñar hasta el último rincón del mundo.

—¿Y no ha vuelto todavía?

—No, todavía no ha terminado la exploración del planeta.

—Pero habrá noticias de él.

—Sí, la última de sus cartas creo que está fechada en las fuentes del Nilo.

—¿Y los amantes? ¿nada se ha sabido de ellos?

—Viven á dos pasos de la casa del juez; precisamente veo á menudo al prestamista, que es quien me ha contado todos estos pormenores, porque yo no me había enterado de nada.

—Supongo que no habrá vuelto á ver á Ninón.

—Mi mujer no lo habría permitido, después de tan escandalosa aventura. Así es que el Inca quedó dueño absoluto del campo y no tardó en pedir la mano de la chica, que, dicho sea en honor de la verdad, siempre le prefirió al prestamista.

—¿Y se casan pronto?

—Precisamente hoy se han tomado los dichos, según me ha contado mi mujer. ¡Ea! que usted se divierta.

—¿Se va usted?

—Sí, van á dar las seis, y ya he dicho que en casa comemos á las seis en punto; además, mi mujer debe estar dando las últimas órdenes á la cocinera, y como el Inca estará solo con Ninón...

—Pues... ¡que aproveche!

CASIMIRO PRIETO.

¡ANDA!

En la cuesta del Calvario
Jesús quiso descansar,
y á la puerta fué á llamar
de un judío temerario.

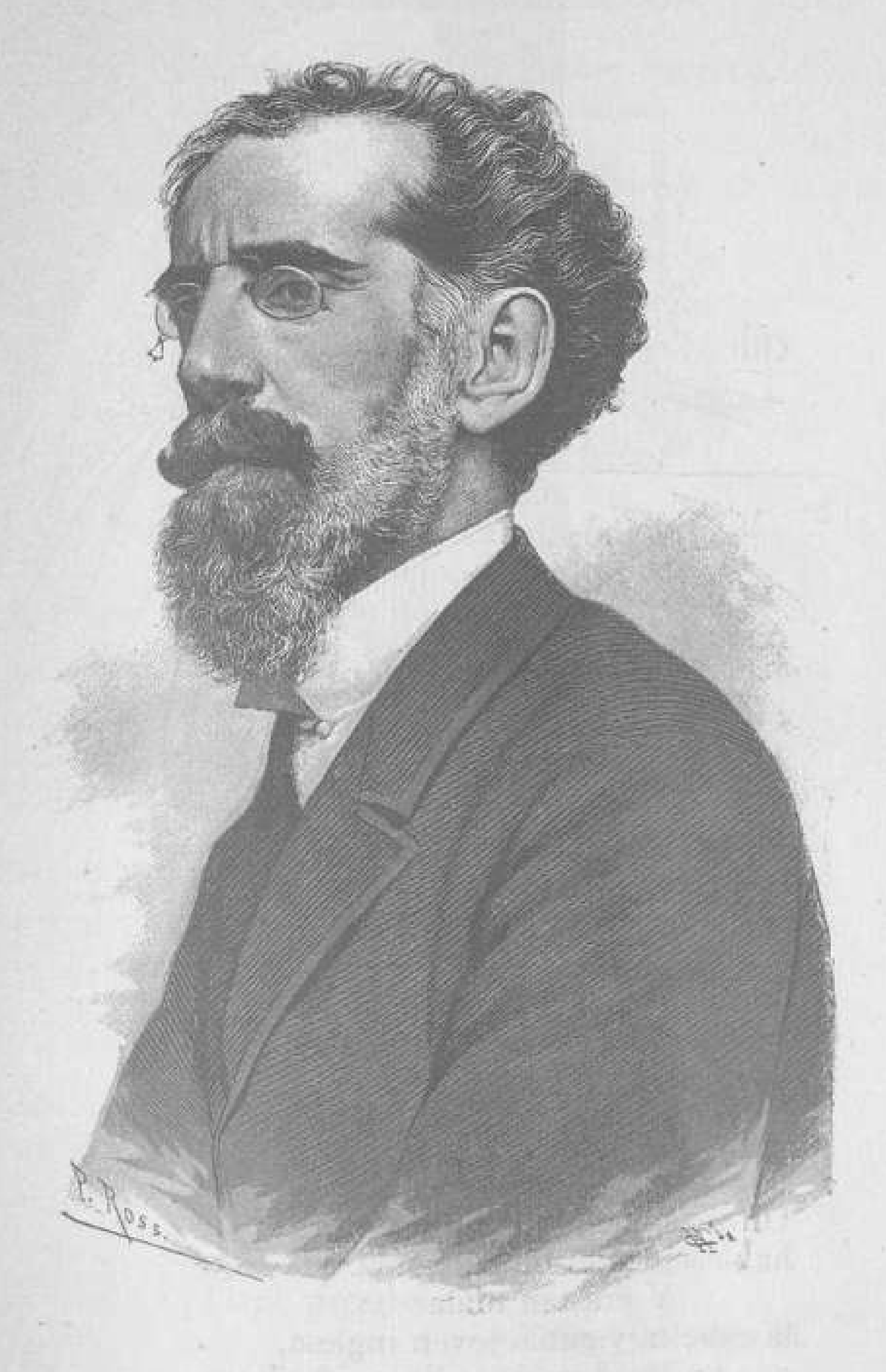
El judío no se ablanda,
y con ademán grosero,
dice al Celestial Cordero:
—¡Anda, anda!

Pero con suma bondad
mirándole, el Hombre Dios
le contesta:—Andaréis vos
por toda una eternidad.

Y, obediente á quien le manda,
aquel judío, por eso,
jinete audaz del progreso,
anda, anda, anda...

JUAN TOMÁS SALVANY.

NUESTROS COLABORADORES



Christián Roeber

INSPIRADO POETA ESPAÑOL



¡Jesús!

Las colegialas de aquel convento
se confesaban con don Ventura,
un santo cura
de rostro flaco y amarillento.
Pero su fama de moralista,
teólogo, sabio
y elocuentísimo panegirista,
se pregonaba de labio en labio.

Un mes hacía que miss Teresa
había entrado de colegiala.
Y era tan mala
la esbelta y rubia joven inglesa,
que en los domingos de confesiones
no era posible
que confesase, ni á tres tirones.
Siempre tenía jaqueca horrible.

Todas las monjas la rodeaban,
y al fin, un día, no hubo remedio.
Cedió al asedio

de aquellas tocas, que se agitaban
como las alas de las gaviotas,
y aquellas voces
de armoniflauta y agudas notas
que le anunciaban penas atroces.

Y tanto hablaron del hondo infierno,
y de las carnes que palpitaban
y se tostaban
en los hornillos del fuego eterno,
que, conmovida por la pintura
de los horrores
de aquella ignota cocina obscura,
donde se fríen los pecadores,

la colegiala salió del coro,
echado el velo, hueca la falda,
sobre la espalda
sueltos los largos cabellos de oro,
blanco el vestido, plegado y leve
como un sudario,
y entre sus finos dedos de nieve
los azabaches de su rosario.

Y de rodillas ante el sombrío
confesonario, vió la figura
negra del cura,
su enjuto rostro, su gesto frío.
Y don Ventura vió entre los flojos
y blancos tules,
dos labios frescos, puros y rojos,
y dos serenos ojos azules.

—La colegiala, preguntó el viejo,
¿no es española?
—No. Soy inglesa,
dijo Teresa.
—¿Y necesita de algún consejo?
¿Tiene pecados?
—Tengo un pecado.
—¿Grave?
—Lo ignoro.
—¿Y se arrepiente?
—¿De haberle amado?
No, señor cura. Le amo. Le adoro.

—¡Oh! ¿todavía?
—Sí. Todavía.

Jesús me ciega. Jesús inflama
la ardiente llama
que hay en el fondo del alma mía.
—¡Ah! exclamó el viejo con gran dulzura.
Un amor santo.
—Es el delirio de la locura
en que se mezcla la dicha al llanto.

Ese amor llena mi pensamiento
y llena el mundo. Sin él no habría
noche, ni día,
ruido en las hojas, voz en el viento.
Si se apagara mi amor profundo,
¡ah, señor cura!
¡qué opaco el cielo, qué negro el mundo,
y qué silencio de sepultura!

—Ame usted siempre.
—Mas, ¿no es pecado?
¿Puedo adorarle?
—Sí. Hasta el exceso.
—¿Y darle un beso?
—¿Su bella efigie nunca ha besado?
—No me comprende... ¡Qué desventura!
Llevo en mi boca
de impuros besos la quemadura.
Él con sus besos me ha vuelto loca.

El sacerdote gritó:—¿Quién eres?
¿Qué estás diciendo? ¿No causa espanto
que el Cristo Santo
devuelva besos á las mujeres?
Yo te excomulgo.
—¡Ay! y yo gimo
Pero...
—No hay peros.
—Si usted no entiende. Jesús, mi primo,
es un teniente de coraceros.

CHRISTIÁN ROEBER.

Santa Fe, Mayo de 1894.

EPIGRAMA

—¿Conque te mira Vicenta
con expresión tan vehemente?
esa chica está demente.
—Más bien parece *de menta.*

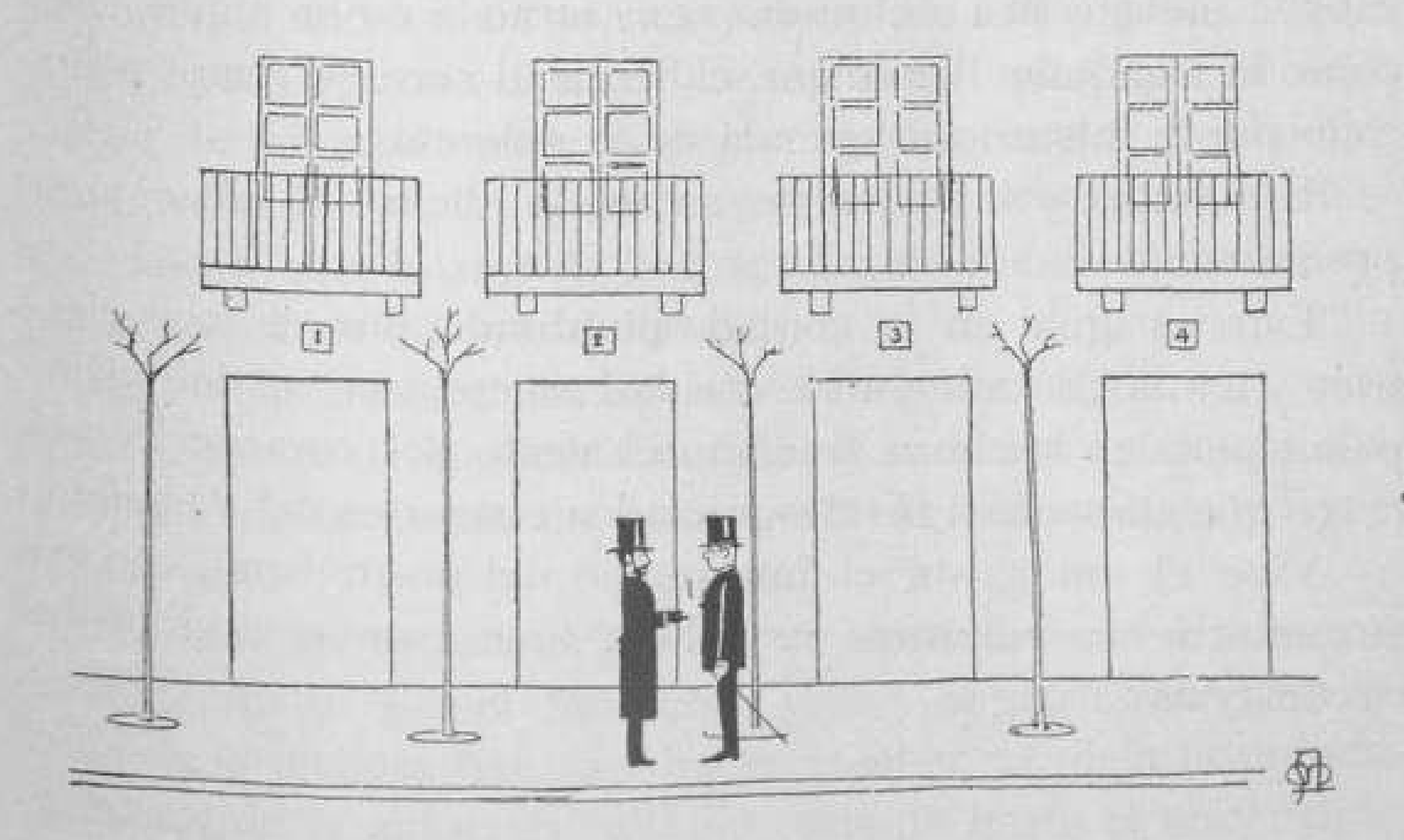
Contrastes

POR

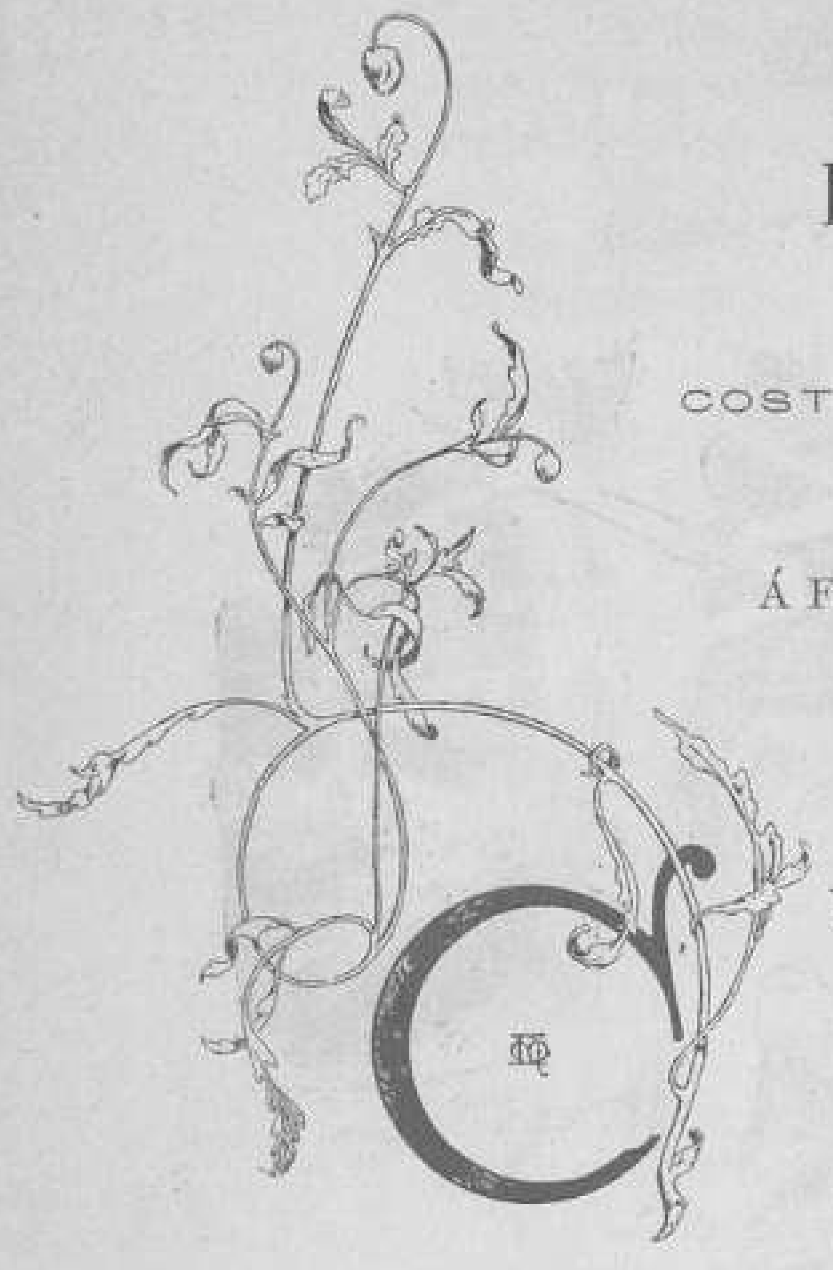
APELES MESTRES



La Poesía



La Prosa



LA PROMESA

COSTUMBRES PERUANAS

Á FELIPE G. CAZENEUVE

I

CUANDO el cielo límpido y azulado de Lima se cubre de estas nubes plomizas de invierno y los días tristes y lluviosos depositan su gota cristalina en el verde follaje de las palmeras, el corazón se expande recordando aquellas lomas solitarias de la sierra cubiertas de nieve que, cual mantos de plata, dejan entrever, de trecho en trecho, en las laderas, la cabaña melancólica del indio, en torno á cuyo fogón vive, como la tranquila llama que calienta el aire, el amor poetizado por la misteriosa leyenda de la *promesa*.

El hombre y la mujer se aman, se dicen su amor y se prometen.

Esto es igual en la ciudad alumbrada por el foco eléctrico y en la choza cuya obscuridad muere á la luz del relámpago; pero en la choza vive aún el afecto del corazón, con el fuego que alimentó á los desgraciados consortes del Paracleto.

Vive el amor, sin el intermedio del positivismo, con los encantos de sus variantes en detalle, que vamos á juzgarlos circunscritos al lugar.

II

Durante el imperio, el amor estaba lleno de misteriosas

manifestaciones, en las que tomaba parte ya una lagartija bajo el nombre de *cchitti-ccarayhua,* ya en la forma de apacible paloma que, en su dulce arrullo, incitaba la ternura de los amantes, ó estaba atormentado por el siniestro aleteo del murciélago, llamado *tuta maso,* que en la noche aterrorizaba á los espíritus supersticiosos.

Pero la promesa que la civilización ha encerrado en el consabido *arito de oro,* con el nombre ó las iniciales de los dos que se prometen; esos esponsales sintetizados por el trueque del aro que tanto preocupa á las niñas en estado de colocación, esos se pactaban en diversas formas que todavía se conservan hasta ahora.

En la provincia de Canchís, donde he pasado la mayor parte de mi vida y donde he sufrido los más grandes pesares de una existencia desventurada, queda la graciosa costumbre del baile de Carnaval, *ccas huay,* que no es otro que la primitiva danza de los incas, historiada en el famoso baile alrededor de la gran cadena de oro que solemnizó el nacimiento de Huáscar. Existe la misma división casta de hombres y mujeres, el mismo asalto intencionado de los tiempos imperiales, pues las mujeres forman una rueda, donde lucen la linda *lliclla* con tramas de colores, el jubón festoneado de cintas y la monterilla adornada con ricas franjas de oro y plata.

En banda opuesta forman los varones que, con el fino poncho de mil *puitos* blancos, rojos, verdes, azules y vicuña, la monterilla lujosa, las ojotas con tientos corredizos y el chaleco vistoso con hileras de botonadura de metal, hacen el segundo coro á los *yaravis* del *pucllay.*

Esta alegre fiesta, consagrada á las solteras, tiene su momento como el de las flores nacidas á la ribera del caudaloso río, que inclinan su corola para besar la tranquila corriente que las baña.

A esa fiesta concurren los que se aman, y van en busca de la promesa. En el momento dado, el varón arrebata la *lliclla* de la dichosa que, sin hacer resistencia, deja la prenda en manos de su amor. Si ella no reclama hasta el tercer día, la promesa queda sellada sin otro requisito, y es asunto tra-

tado de padres á padres; pero, si la *ñusta* rechaza aquel matrimonio, al día siguiente del *pucllay* se presenta en casa del mancebo uno de los parientes cercanos de la pretendida y exige la *lliclla,* que le es devuelta en el acto.

III

Canas se singulariza porque las indias tienen el carácter más sombrío, y la promesa se formaliza muy curiosamente, aunque para ello ha de presidir ya el amor correspondido. La escena de prometerse llámase *tiachicuy,* como si dijéramos, plantar el cimiento.

El pretendiente va en compañía de toda su parentela, provisto de buena cantidad de chicha de maíz y aguardiente, á casa de su amada: es de *copete* que los visitados se muestren esquivos, serios y hasta malhumorados como un ministro de Estado en nuestros tiempos, y sólo á fuerza de ruegos ceden para beber; mas una vez aceptado el primer jarro, beben largo y menudo.

Junto con otros regalos, va una *hunccuña* con hojas de coca y un pan de chancaca que se entrega á la pretendida, quien es encerrada inmediatamente en una vivienda, donde permanece entregada á sus meditaciones, saboreando el manjar del dulce y la coca, signo de la fortaleza y de la vigilia, como fué para los griegos la miel ática el emblema de las virtudes y dulzuras domésticas, de donde ha salido el derivado de gozar la *luna de miel.*

La parranda es descosida entre los de afuera, hasta que la noche señala con su obscuro manto la hora de los misterios, y los parientes de la mujer se quedan dormidos. Entonces el futuro y los suyos sacan á la virgen de su clausura y se la llevan.

A tres cuadras de distancia de la choza, disparan un *camaretazo,* que es la señal de la promesa sellada entre los amantes, cuyo estallido despierta á los dormidos, quienes hacen la consiguiente algazara, hasta que alguien grita: *paími munarcan*—ella ha querido—razonamiento poderoso con el

cual los padres de la robada se preparan á celebrar las bodas.

IV

En Calca, el signo del amor son las visitas continuadas del varón á la casa y los lugares que frecuenta la que robó la calma á su pecho, y las trovas alternadas con la música de la quena y el charango: en uno de aquellos versos cantados á la luz de la luna, bajo la fronda de algún sauce, se notifica á la escogida el *paccarinmí paccaripusccayquí*—mañana amaneceré para tí—con lo cual queda prevenida la tórtola. Si al ir el pretendiente, al siguiente día, encuentra la choza circundada de ceniza, no tiene para qué traspasar los dinteles, que le están vedados para siempre; pero si ha logrado encender la llama del amor en el corazón de la gacela, halla franqueadas las puertas y un poncho tendido en el umbral, donde ha de descansar á recibir el signo de la promesa que la futura le alarga en una *huaracca*—honda—tejida por sus manos, á lo que él corresponde con una sortija, é inmediatamente arreglan su boda, que se celebra entre flores de *pantí* y á la sombra del *ccatay mallqui*, del cual hablaremos algún día.

V

Sucede con frecuencia que, después de las diferentes promesas de que nos hemos ocupado, los amantes no se casan en sacramento por no poder pagar los derechos al cura; pero respetan su contrato y viven contentos y felices, hasta que sus hijos son grandecitos y los padrinos de éstos les ayudan en la colecta de aquellas fatales trece monedas, con las que no pocas veces compra el varón costilla pedigüeña y regañona, cuando no la amante sumisa ó el ángel tutelar de su dicha.

CLORINDA MATTO DE TURNER.

Lima.

LOS SÓFFAS



—No seas cruel... ¡quita allá!
—Es un sóffa... ¡y de qué estofa!
—Pues cualquiera creerá
que, mucho más que por *sóffa,*
le has tomado por *sofá.*

RIMA

I

Trepa la hiedra por el alto muro
y pronto, hecho pedazos,
al suelo viene el edificio duro
ahogado de la hiedra por los lazos

II

Hiedra del corazón, el amor nace,
al corazón se aferra,
en sus brazos le ahoga, y al fin hace
que, como el alto muro, venga á tierra.

J. T. Mera.

EN EL CLUB Y EN LA CALLE

Al reputado literato argentino

DR. D. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ



I

ERMINABA ya el vals... el eco blando
de la música se iba amortiguando
como ola rumorosa que desmaya,
deshecha en rizos de argentada espuma,
en la desierta playa.
—¡Cuán tarde debe ser! me dijo Lía.
—Muy tarde, contesté; la luz del día
fulgura ya en oriente
y, pálidas y bellas,
se apagan lentamente
en el azul del cielo las estrellas.
Mas, ¿qué importa,—añadí con voz fogosa
y mirando los ojos de la hermosa,—
si, claros y hechiceros,
aún quedan en la tierra otros luceros?
—Es usted muy galante,
Lía exclamó, turbada y palpitante,
y tras del abanico de oro y raso
ví ocultarse un instante
su rostro de querube,
como se oculta el sol tras de la nube.
Luego, temiendo, al escucharme, acaso,
algún peligro, y á mi ruego esquiva,
de mis amantes brazos desprendióse,
y llorando, quizá de su destino
el cruel rigor, perdióse
del baile en el brillante torbellino.
Quise seguir su huella,
mas, por mi mala estrella,
no pude realizar mi pensamiento,
pues, cerrándome el paso,
burló un amigo mi amoroso intento.
—Olvida á esa mujer, no seas loco,
me dijo; te ví há poco
bailar con ella; adiviné al momento
la seducción que en tí ejerció su encanto,

y á pesar de que no eres ningún santo,
aún de salvarte la esperanza aliento.
—De la carne el impuro
incentivo, mi calma
no turba, como crees... ¡te lo juro!
—Y en Lía ves tan sólo, ¡de seguro!
el amor ideal que soñó tu alma.
¡Ilusión! ¡Platonismo!... ¡Vanos nombres!
Confiesa que la quieres
como todos los hombres
suelen querer... á todas las mujeres.



Mas es tiempo perdido
amar á esa beldad, y nunca esperes
que olvide, por otro hombre, á su marido.
Nacida en pobre y miserable cuna,
como un lirio en el fango, era tan bella,
que un Creso, loco de pasión por ella,
la limosna le dió de su fortuna.
En medio de orientales esplendores
y agradecida, Lía, á los favores
del que la hizo su esposa, enamorado,
creyó cosa muy llana
poder corresponder á sus amores,
sin ver, en su inocencia, que era vana

ilusión del deseo,
y hoy al hombre por quien se sacrifica
su horror oculta y aun se finge amante,
pues es viejo, y ridículo... y tan feo,
que al verle uno se explica
la teoría de Darwin, al instante.
Sus deberes de esposa
jamás olvida Lía veleidosa,
aunque de pena muere,
sujeta al verse á esclavitud odiosa,
pues es altiva y quiere



vivir honrada, ya que no dichosa.
En vano, enardecido,
más de un galán suspira por la bella,
de amor el pecho herido,
y en vano en pos de dichas anheladas
redes de luz le tiende en sus miradas.
Vuelan en torno de ella
como estrofas aladas,
mil y mil frases de pasión ardiente,
mas Lía, á sus deberes obediente,
su blando arrullo escucha desdeñosa,
pues prefiere en su negra desventura,
al triunfo vil de la materia impura,
de la santa virtud la palma hermosa.

Fiel á su bienhechor, su alma es de hielo
para el galán más tierno y más rendido,
cuyo amoroso anhelo
ningún halago para Lía encierra,
pues si no la une á su infeliz marido
la pasión,—ese lazo de la tierra,—
á él le ata, para alivio de su duelo,
la gratitud,—que es un amor del cielo!

. . . .

Calló mi amigo; le miré, agitado,
é iba á seguir, cuando gentil doncella
dióle el brazo y con ella
alejóse sonriendo de mi lado.

II

El baile terminó; brillaba el día,
y á su luz, siempre grata,



un instante después la hermosa Lía,
apoyada en su esposo, descendía
por la marmórea y ancha escalinata
del club aristocrático. En la calle
una chicuela pobre y andrajosa
contemplaba, entre atónita y curiosa,

los vestidos de raso y terciopelo
de tanta gentil dama y niña bella,
niñas y damas que á los ojos de ella
parecerían descender del cielo.
Lía vió á la muchacha, y en su frente
proyectóse la sombra de una nube,
al recordar, sin duda, su inocente
primera edad, exenta de esplendores,
y su mísero hogar,—pequeño nido,
al que daba, aunque bello, su presente
todo el encanto de un edén perdido.—
Y mientras la chicuela la miraba
con asombro infantil, bajo el influjo
de su hechizo y riqueza, y murmuraba:
—¡Cuán feliz debe ser con tanto lujo!
lágrimas silenciosas
inundaban de Lía
las mejillas hermosas...
llanto que en ellas, trémulo, caía
como lluvia de perlas sobre rosas.

Casimiro Prieto.

SERENATA

(SOBRE UN TEMA DE CÁTULO MENDES)

Al pastor que sus dulces canciones
esparce á los vientos,
le habla el eco, furtivo en los Andes,
y le dice:—«Te doy mis acentos.»

A la noche que envuelve entre sombras
su tímida huella,
cada hoguera encendida en las cumbres
le repite:—«Yo soy una estrella.»

Al rosal que se mira en el lago
sobre ondas radiosas,
el reflejo, flotando intangible,
le murmura:—«Yo tengo tus rosas.»

¡Pero á mí! Todavía más falsas,
aún más falsas las frases que imploro,
como el eco, la hoguera y el lago
me dicen:—«Te adoro.»

Rosendo Villalobos.

La Paz (Bolivia).

Mística

AL NOTABLE ESCRITOR CASIMIRO PRIETO



SALVE la virgen pura, la blanca paloma, divina, auroral, bajo el ala nívea del arcángel Gabriel, bajo la nave del templo que llena la salmodia amplia y gemebunda del órgano, la gloria del incienso!

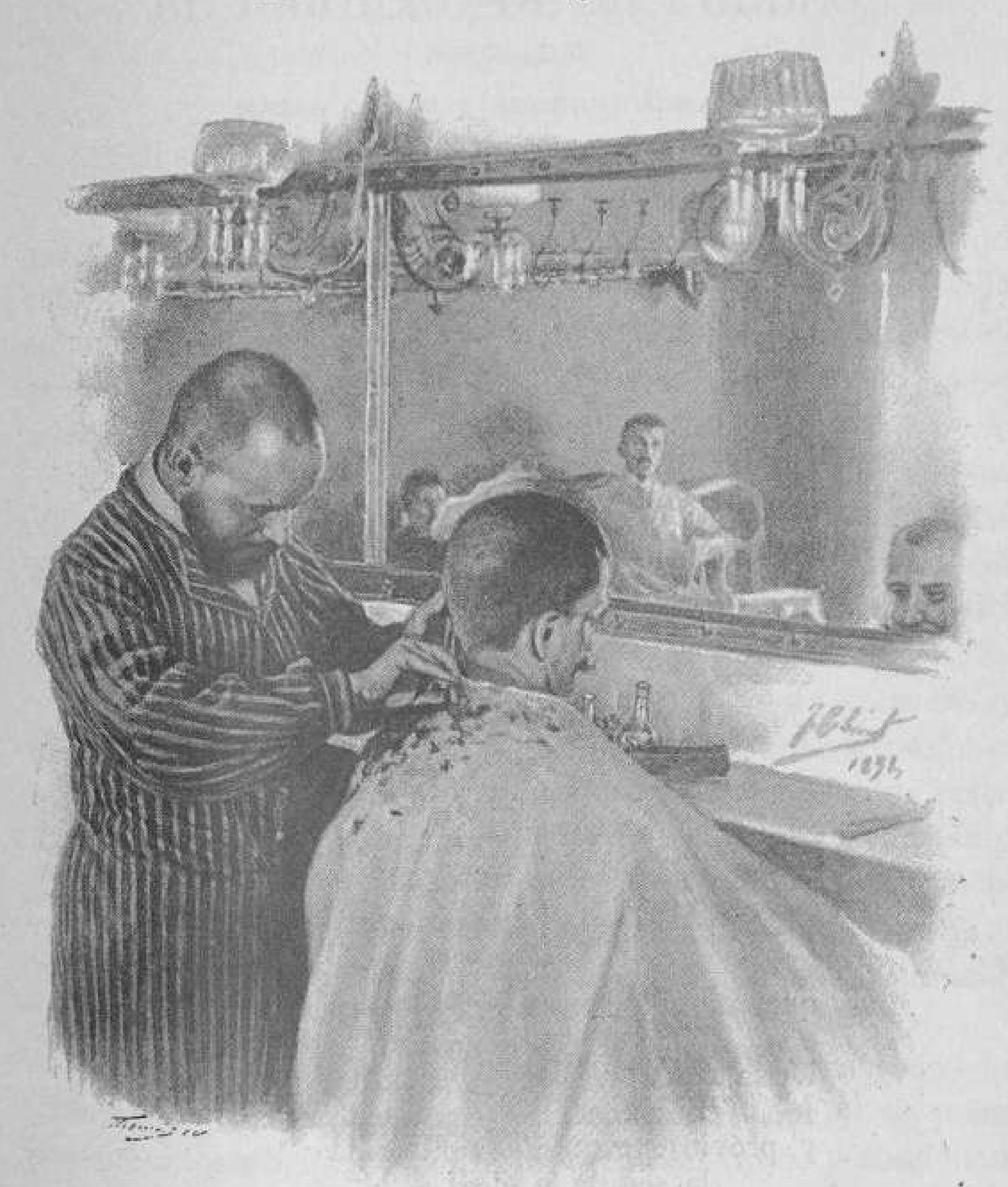
¡Salve el ensueño casto, la flor eucarística, la pálida azucena, virgen y mártir en los cantares bíblicos!

¡Salve la Musa-Ensueño, la niña del Abril, floreal, divina, sideral, bajo el ala nívea del arcángel Gabriel, á la vera del altar, todo cubierto de blancas rosas abiertas y pálidos cirios llameantes!

ARTURO A. AMBROGI.

San Salvador, 1894

EN LA PELUQUERÍA



—¿Usté es de Villarrosario?
Cuando há poco estuve allí
maté en duelo á un adversario,
á quien despreció por mí
la mujer del boticario.
—¡Vanidoso!
—No exagero,
¡palabra de peluquero!
—¡Pues vaya si exageró!
El boticario... soy yo
y, á Dios gracias, soy soltero.

CABEZA Y CORAZÓN

DOLORA

Á BLANCA QUIROGA Y PARDO BAZÁN

I

Un Ángel y el Demonio, á Eva un día
contemplan con amor.
—«Y ¿qué opináis, decid, de esa obra mía?»
les preguntó el Señor.

II

Mirando de Eva la gentil cabeza,
dijo el Demonio así:
—«¡La mujer! A pesar de su belleza
es inferior á mí.
¡Sentir sin comprender! ¡Perpetua ilusa
que goza en delirar!
¡Que tiene, sin razón, la ciencia infusa
del arte de engañar!
Uniendo la inconstancia á la hermosura,
el Demonio añadió:
—Creedme, Señor, vuestra mejor hechura
vale menos que yo.»

III

—«La mujer, siguió el Angel, de tal modo
desafía al dolor,
que, aunque débil su fe, se arriesga á todo
por servir al amor.
De la santa piedad, hija querida,
ni piensa, ni hace el mal,
y, próvida, transmite con la vida
la sed de lo ideal.
La mujer es tan buena (enardecido
el Angel concluyó),
que, aunque soy en el cielo un elegido,
ella es mejor que yo.»

IV

Tú, dotada de espíritu sublime
y de gran corazón,
Blanca, entre el Angel y el Demonio, dime:
¿quién tiene más razón?

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

EL BARBERO DE MI PUEBLO

Difícil sería á cualquiera calcular su edad; está más enjuto que una espátula y ha pasado de los sesenta años. Diríase que la naturaleza ha hecho alto, cansada del camino recorrido entre tumbos, barquinazos y más tropiezos que un atajo de la montaña. Así es que el tío Cacho, como se le llama en el pueblo, se ha estacionado en los sesenta, aunque el pulso temblón le esté desmintiendo.

Más lustroso que la correa por donde pasa su navaja, recorre con imperturbable serenidad el derrotero de su vida, siempre con cara plácida, siempre con aquella mirada que procura hacer todo lo más tierna posible y que le da ese aire de bobalicón que le distingue de todos sus congéneres.

Poco pelo, mucha cerda en las cejas, frente estrecha y un pelotón de pelusa en el oído; tiene el cogote grueso, es retacón y corto de pierna, lo que le permite vencer los resistentes tacones de los borceguíes con una *garra* persistente. Viste como de medio luto, siendo indispensable que su ancha corbata negra salga por encima del cuello de la camisa, no muy limpia que digamos, pues el buen hombre suda mucho, lo que hace que no huela ciertamente á rosas.

El tío Cacho no tiene la culpa de ello, porque todos los domingos y fiestas de guardar se lava la cara y se peina, aunque á los pocos momentos aparezca el típico y condenado olorcillo, y si no se baña en verano, es porque, como dice gráficamente, *ya está demasiado duro para pasado por agua.*

Decano de los barberos de la comarca, por su navaja han pasado algunas generaciones que podrían decir si ha sido ó no aficionado, en sus mocedades, á las faldas, á juzgar por ciertos gatuperios que salieron á relucir en los pueblecillos adonde iba, una vez por semana, á rapar barbas.

Tal vez hubiera algo de verdad en la especie, porque hoy mismo, al pasar por delante del tío Cacho una de esas mozas

robustas y jacarandosas, llevando encima de la cabeza el cántaro del agua, no puede menos de endulzar un poco más de lo habitual su tierna mirada.

—¡Ave María! dice invariablemente al entrar en las casas, provisto de sus adminículos profesionales, que deja sobre una silla.

Y, como si fuera de la familia, se va derecho á la cocina, levanta la cobertera del puchero, mete el dedo en el agua caliente para probar la temperatura, y previo soplo á la lumbre, saca el pucherete para afeitar al cliente en un decir Jesús, llevándose por delante granos y verrugas sin maldito el escrúpulo. Dicen malas lenguas que es atroz el impulso de su navaja en el contrapelo, y de ahí que aquellas barbas duras y rebeldes se echen á remojar en cuanto se oye el tradicional *Ave María*.

No gasta muchos melindres ni atildamientos para estirar algunas de aquellas caras arrugadas, y sumidas; mete bonitamente dos dedos en la boca del cliente, y la navaja corre por aquella quebrada con la mayor lisura del mundo.

En todo lo demás es lo que se llama una buena persona; con su mirada siempre tierna y su boca con propensión al babeo.

Al día siguiente de mi llegada al pueblo, tras largos años de ausencia, recibí su visita.

—*¡Caracho!* ¡y qué jaque y guapo que has venido! decía abrazándome familiarmente. Conque de las Américas, ¿eh? ¡Vaya, hombre! que sea la enhorabuena, *¡caracho!*

El placer que yo tenía de volver á ver al tío Cacho se amargó un tanto al sentir en mis narices el pesado y acre tufillo de que he hablado antes. El pobre hombre, lleno de cariño, se acercaba á mí con insistencia, poniéndome en figurillas para hurtarle el cuerpo al endiablado olor.

—Y á propósito, *¡caracho!* me decía, después de un rato de conversación; ¿sabes que estoy fastidiado hace tres años con un dolor en este tobillo que ni Rey ni Roque me lo pueden sacar de encima?... la verdad, me tiene dado á todos los carachos... ¿No tendrás tú algún remedio de los buenos para esto?

Yo, que estaba sufriendo un verdadero martirio con el tufo del hombre, ví el cielo abierto con la inesperada consulta, y para precaverme en lo posible de ulteriores acometidas y después de cerciorarme de la insignificancia del padecimiento, le dije muy serio, y Dios me lo perdone:

—No hay por qué alarmarse, tío Cacho; yo le prometo que se va á curar radicalmente.

—¿Con qué? interrumpió el buen hombre, acercándose más á mí.

—Pues mire usted, por la mañana, al levantarse de la cama, y por la noche, al acostarse, se da usted una fricción en todo el cuerpo con aguardiente alcanforado, restregándose en seguida con una franela bien limpia... sobre todo bien limpia.

—En la pierna, ¿verdad?

—¡No, hombre, en todo el cuerpo; desde la cabeza hasta los pies!

—¡Pero si es sólo la pierna lo que me duele! clamaba el barbero, no comprendiendo cómo para curar el dolor del tobillo había necesidad de aquella fricción general.

—¡En todo el cuerpo, tío Cacho, en todo el cuerpo! repetía yo con autoridad.

Y agregaba por vía de explicación:

—Esta clase de dolores, ¿está usted? tienen la propensión de correrse, y para evitarlo conviene esa acción general. Y mire usted, después de haberse refregado bien, es necesario lavarse por espacio de un cuarto de hora con jabón negro.

—¿En la pierna? volvía á preguntar el barbero, sin comprender jota de lo que yo le decía.

—¡No, señor! en todo el cuerpo... hasta en la cabeza, y luego se enjuga usted con una toalla limpia. ¿Comprende usted? esto equivale á una especie de *masage*.

—¿De qué dices? preguntó el tío Cacho, medio aturdido, al oir aquella palabra que le sonaba á cosa de amasijo.

—Digo que viene á constituir una medicación muy en boga, con la que se obtienen ahora resultados decisivos para esta clase de dolores, le contesté con la mayor naturalidad.

Tuve necesidad de explicarle varias veces el procedimient operatorio, y no sin trabajo conseguí que se resolviera ponerlo en práctica, desechando sus últimos escrúpulos.

Seguro estaba yo de que en un mes de tratamiento, maldito olorcillo desaparecería, si no del todo, en parte.

El tío Cacho puso manos á la obra, y á los ocho día justos y cabales fué á verme con cara risueña y con el air más bobalicón de este mundo.

Y ¡oh maravilla! no sólo había desaparecido el infam olorcillo, sino que el bueno del barbero estaba curado.

—¡Estos son modos de recetar á las gentes, *caracho!* ¡as se cura cuando hay *cencia* y sobran *condiciones!* decía reven tando de satisfacción.

—¿Conque el olor, ¡digo! el dolor ha desaparecido? le pregunté sorprendido de veras.

—Se fué desde el cuarto día, *¡caracho!* tanto es así, qu ya voy á dejar las friegas y lavatorios.

—¡No, tío Cacho, por Dios! exclamé precipitadamente en extremo alarmado ante aquella amenaza contra mis nari ces; no deje usted el tratamiento por nada de este mundo porque... ¡vamos! puede aparecer de nuevo el dolor, ¿est usted? y si se generaliza... ¡ah! usted no sabe las graves con secuencias que esto podría acarrearle á su edad.

—¿De veras, chico?... *¡caracho!*

—Lo que usted oye, le contesté con aire solemne; tan e así, que pasado un mes aún tendrá usted necesidad de dars una friccioncita cada seis ú ocho días durante largo tiempo.

—Pues, hombre, si es así, pierde cuidado; continuaré co las friegas, exclamó suspirando; la salud es antes que todo *¡caracho!*

Y añadió con aire consternado:

—Lo malo es tener que apestar á una legua con ese *ca racho* de alcanfor.

—No le haga usted caso; lo primero es la salud, exclamé yo en un arranque de interés, que el buen hombre debió de agradecerme.

Desde aquel día, no son pocos los que al pasar dejan

un reguero de alcanfor, con lo cùal salen ganando los estómagos y las narices de las gentes delicadas de aquellos pueblos.

¡Y luego dirán malas lenguas que los médicos no servimos para nada!

SILVERIO DOMÍNGUEZ.

Buenos Aires, Mayo de 1894.

PRO PATRIA

A MI LEAL AMIGO JOSÉ T. GAIBROIS

Al hosco morador de los desiertos
no le pidas aún trovas galanas;
de aquellas soledades infinitas
traigo el silencio y sombras en el alma.

Ante el fecundo laborar humano,
al noble y fuerte corazón no bastan
coronas de poeta, en los festines
y en el estéril ocio conquistadas.

Troqué á los faunos mi laúd salvaje
por los secretos que los Andes guardan,
y á mis pies tenebrosas ví entreabrirse
las tumbas de las selvas diluvianas.

Yelmo que ciegue al sol, áureos ropajes,
en vez de los plumones de la indiana,
soñé ofrendarte, redimida sierva,
madre gloriosa, de mis hijos Patria!

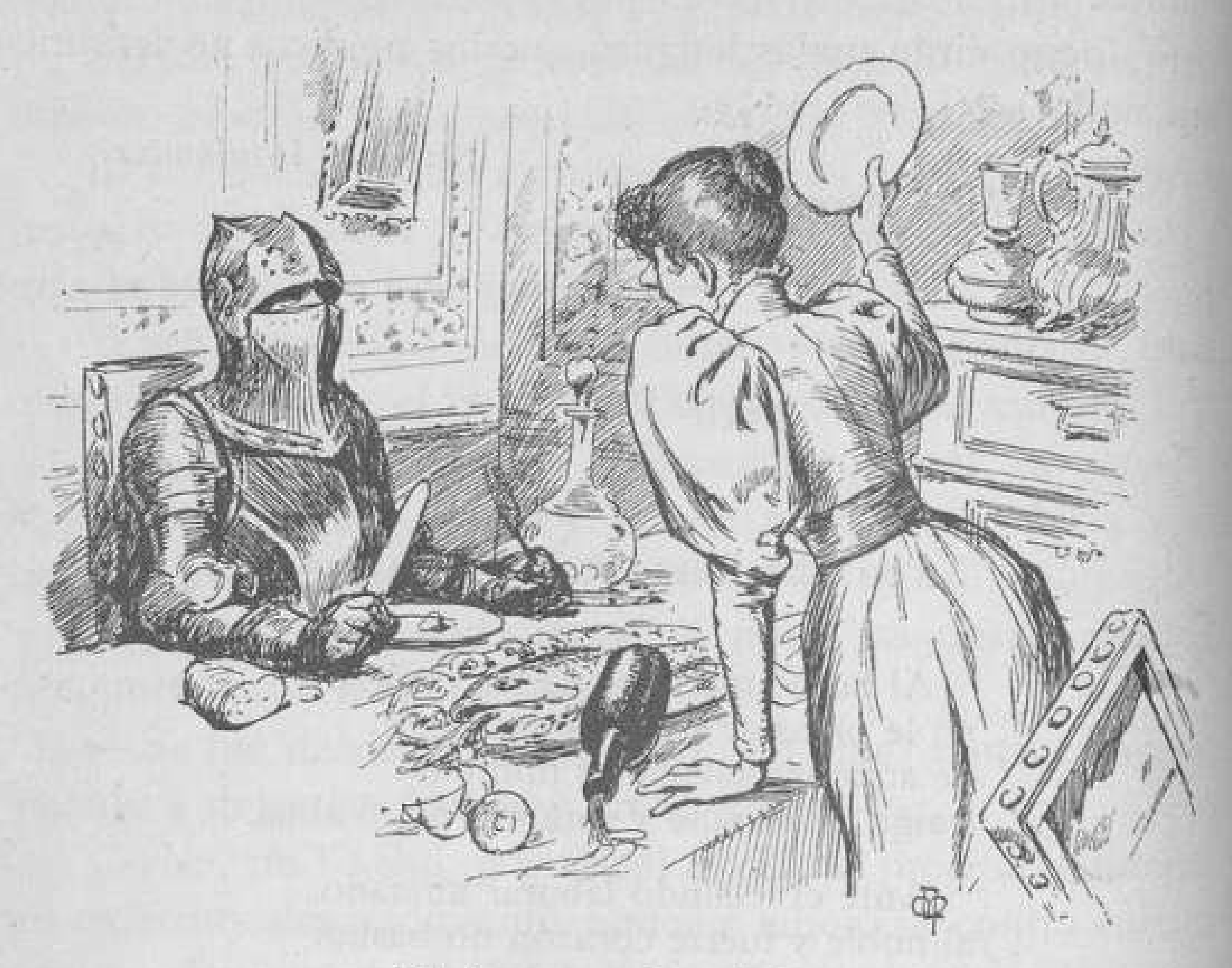
Los *ojinegros ángeles* del Funza
tienen poetas de divinas arpas:
pasó mi juventud con sus cantares,
la muda noche de lo eterno avanza...

Al hosco morador de los desiertos
no le pidas aún trovas galanas:
del *dinde* que sacuden tempestades
ruedan las mustias flores en la pampa.

JORGE ISAACS.

Bogotá.

INDUMENTARIA DOMÉSTICA



Traje que en la edad presente
se ve forzado á adoptar
más de un marido *insurgente*,
para poder almorzar
en su casa impunemente.

EPIGRAMAS

—Yo llegaré á ser un *astro*,
dice mi vecino Castro,
poeta más que indigesto,
y no peca de inmodesto,
pues es ya todo un *poetastro*.

—Un colmillo me sacó,
en vez de un diente, Castillo;
¡esto es un *colmo!*
—¡Hombre, no!
esto no es más que un *colmillo*.



NOSTALGIA

Á BENITO ZALAMEA

Noche fosca de invierno; lenta cae
la nieve á la llanura,
cual manto desprendido de los hombros
del genio de las brumas.

Los airosos nogales de la selva
con las hojas ya mustias
á embozados espectros se parecen,
de pie sobre las tumbas.

Ningún rumor de los desiertos campos
las soledades turba,
ni las flores sonríen con las fuentes,
ni la paloma arrulla.

Triste campiña; entumecidos bosques
do el aire no circula,
ni entona Pan eróticos cantares
bajo la selva adusta.

En el turbio horizonte ningún astro
la mirada columbra;

semeja el cielo abandonado templo,
la tierra es arpa muda.

Leyendo está la Biblia el padre anciano,
el hijo de las rudas
batallas del progreso, y juveniles
cabezas le circundan.

Entonces la mirada del que ama
furtivamente, busca
las pupilas azules de una virgen
de cabellera rubia;

y en silencioso platicar, no temen
que el anciano descubra
la pasión de sus almas soñadoras,
como la nieve, puras.

Mas ¡oh Señor! el que en extraño suelo,
en esta noche obscura
se muere de nostalgia sin que nadie
á su reclamo acuda;

quien tiene por amigos hace tiempo
las sombras taciturnas
de bardos que llamó la fantasía,
¡la enferma vagabunda!

¿á dónde irá, cual hija del desierto,
por engañosa ruta,
soñando con oasis y palmeras
de lasciva frescura?

—

Ya la muerte golpea en los cristales
de mi estancia; pregunta
por su amigo quizás, vacila acaso,
¡se esconde en la penumbra!

Mi juventud á compasión le mueve,
siente acaso ternura
su yerto corazón al ver mis rizos
¡tan negros que deslumbran!

Triste es morir cuando del torvo cielo
la cerrazón abruma,
con la nieve asfixiante por sudario,
cerca al lecho la Duda.

Es amargo morir cuando la patria
radiante de hermosura

se presenta al espíritu en el sueño
como visión cerúlea.

Y bajo el sol del trópico la vemos,
bañada en la fecunda
luz que en las almas la pasión enciende
y da vida á Natura.

La patria de horizontes voluptuosos
y de selvas robustas
do crece el dinde y los jaguares aman
bajo la pompa hirsuta.

Allá donde aguardándome impaciente,
amable cual ninguna,
está la virgen de ojos pensativos,
morena pudibunda;

La que una llama adivinó en mi mente
de inspiración oculta,
y al recitar mis versos me enseñaba
del ritmo la dulzura.

Mas... un maldito pensamiento ahora
por mi cerebro cruza,
como en las noches del dolor el ave
que nuestro fin anuncia.

¡Ah! si la virgen de mis sueños de oro,
mis sueños de ventura,
ha podido olvidarme, vén ¡oh muerte!
con tu cendal de brumas.

Así dijo un poeta de estro ardiente
y apasionada musa,
alma de fuego que se extingue ahora
cual lámpara en la gruta.

Muriente luz apenas de la estancia
los ángulos esfuma,
y la llama al temblar finge en la sombra
fantasmas de indecisa catadura.

MAXIMILIANO GRILLO.

Bogotá.

GENTES MOLESTAS

De todas las superficialidades de la moda, la de salir á veranear es seguramente la más deliciosa. Y no siempre por lo que tiene de agradable el campo, sino por lo que tiene de fastidioso la ciudad.

Hay ciudadano que en cuanto se anuncia la primavera en los rosales y en los almendros con su programa de flores, toma la escopeta, el perro y la mujer, y no vuelve á asomar las narices por los salones hasta el invierno inmediato.



El trato social es á menudo el peor de los suplicios, y se explica perfectamente que haya quién huya de las gentes y se encuentre muy á su gusto en plena pampa, donde goza de entera libertad y donde la buena educación no le obliga á besar manos que quisiera ver quemadas, ni á sonreir cuando está rabiando, ni á participar del duelo de los demás cuando le ha caído la lotería, ni á aplaudir lo que no le hace gracia,

ni á saludar á quien no puede ver ni en pintura, ni á callar lo que siente, ni á oir lo que le desagrada.

—Nada mejor que el aislamiento y la soledad, nos decía á principios de este verano un soltero, amigo nuestro, que vegeta en el campo y que sólo muy de tarde en tarde suele trasplantarse á Buenos Aires. Indudablemente, añadió, la vida en la ciudad tiene sus ventajas, pero, ¿dónde me deja usted sus molestias? Si le dejaran vivir á uno tranquilo en su hogar, santo y bueno, pero ni siquiera eso es posible. Lo que es yo no transijo, no puedo transigir con la vecindad de ciertas gentes, que creen que dentro de su casa pueden hacer lo que se les antoje, sin consideraciones de ninguna clase á los vecinos. Esto es precisamente lo que me obligó á renunciar á toda sociabilidad y á trasladarme al campo, donde afortunadamente recuperé pronto la salud.

—¿Estaba usted enfermo? le preguntamos.

—Sí, señor.

—¿Y qué sentía usted?

—¿Qué sentía? Pues lo que sentía... era no tener las fuerzas de Sansón para acabar con todos los filisteos de mis vecinos. Figúrese usted que al lado de mi casa vivía un profesor de cornetín que se había propuesto poner en música mis siestas. Primero le supliqué con muy buenos modos que me hiciera el favor de tocar más bajo... si no prefería dejar de tocar, que era lo que yo hubiera preferido también.

—¿Y qué contestó?

—Pues nada, se indignó contra mí y me habló de sus derechos privados, de su autonomía musical, de la constitución, de las pandectas... ¡qué sé yo! Total, que tuve que denunciarle á la policía como perturbador de la tranquilidad pública; pero ¡ay! la policía, dignamente representada por el vigilante de la esquina, se encogió de hombros y me dió á entender que no había derecho para hacer callar á mi vecino, por más que á mí me pareciese algo discutible el que éste creía tener para mortificar al prójimo. Pero como el código no habla de delitos musicales, no tuve más remedio que bajar

la cabeza... y seguir durmiendo la siesta con acompañamiento de cornetín.

—Ciertamente es una lástima que no haya alguna disposición que prohiba los vecinos molestos.

—No, señor; no hay, al respecto, más que... *indisposiciones*.

—Ni quién haga comprender á esos individuos que si tienen derechos, tienen también deberes sociales...

—¡Y si no hubiera sido más que el del cornetín! Pero el



caso es que en cuanto acababa de tocar, empezaba á llorar desesperadamente su familia.

—¿Por qué?

—Hombre, ¡cómo no había de llorar, si tocaba tan mal! Y no paraban ahí las incomodidades. ¡Qué habían de parar! Figúrese usted que en el piso alto vivía un matrimonio que tenía en constante alarma al barrio. Recuerdo que el día que se instaló en aquella casa me pegué un susto terrible.

—¿Pues qué sucedió?

—Verá usted: eran las once de la noche; yo acababa de acostarme y me disponía á entregarme en brazos del descanso, cuando de pronto oí voces de ¡socorro! ¡socorro! que partían del piso superior. Me senté en la cama, escuché con atención

y no tardaron en turbar el silencio de la noche los mismos gritos pidiendo socorro, pero más fuertes que antes, más desesperados. No me quedó la menor duda de que algo extraordinario ocurría á nuestro matrimonio; me arrojé de la cama, me puse apresuradamente el pantalón, tomé el revólver, y poco después llamaba á la habitación de mis nuevos vecinos; no tardó en preguntarme una voz quién era y qué quería. —Soy el vecino de abajo, contesté, y como he oído que daban ustedes voces pidiendo auxilio...—¡Ah! dispense usted, caballero, dijo la misma voz; voy á abrir. Y, efectivamente,



abrióse la puerta y apareció ante mis ojos el nuevo inquilino, con la cara más risueña de este mundo. Me invitó á pasar adelante, y aun cuando no estaba yo del todo presentable, no tuve inconveniente en entrar, deseoso de aclarar aquel misterio.

—¡Bah! Sin duda se trataba de alguna reyerta conyugal, de esas que suelen acabar á arañazos.

—No crea usted; él era un hombre excelente y ella una señora muy buena, y se querían los dos de tal modo, que nadie hubiera creído que fuesen marido y mujer.

—¿Pues entonces?...

—Ha de saber usted, me dijo mi interlocutor, después de preguntarme por la salud, que mi señora tiene un defecto físico que ha dado origen á no pocas alarmas en Buenos Aires.—¿Un defecto físico? exclamé yo con extrañeza y mirando atentamente á mi interlocutor, pues empezaba á sospechar que estaba chiflado.—Sí, señor, contestó con naturalidad; mi señora no oye, es sorda como una tapia y le aseguro que me he visto muchas veces en serios apuros para hacerle comprender tal ó cual cosa. Cuando el cura, al pie del altar, le preguntó si me quería por esposo, no contestó palabra, pues, ¡cosa rara en una mujer! estaba más sorda que nunca, y tuve necesidad de explicarle por señas la pregunta del sacerdote, aun cuando el padre de mi mujer era de opinión que se interrumpiese la ceremonia para mandar á buscar una trompetilla acústica, lo que no dejó de alarmarme, porque, lo que yo decía: si necesita de trompetilla para casarse, ¿qué será ¡Virgen Santa! cuando se trate de cosas que le sean indiferentes? ¡no va á oir ni con *trombón acústico!*—Sin embargo, interrumpí á mi vecino, no veo la relación que pueda tener la sordera de su señora con los gritos pidiendo auxilio que daba usted hace un momento.—Se engaña usted, observó mi interlocutor; no pedía auxilio; llamaba... á mi mujer.—¿A su mujer? exclamé yo; ¿y cómo se llama su mujer?—¿No lo ha adivinado usted aún? dijo mi vecino, sonriendo, Socorro.

—Pues á fe que el tal matrimonio era una ganga.

—No lo sabe usted bien. Cada día había una alarma en el barrio, y ocasiones hubo en que se llenó la calle de gente, pues á lo mejor se le ocurría á mi vecino asomarse al balcón y llamar á gritos á su mujer. Y nada hubiera sido ¡ay! el cornetín de mi vecino, ni el llanto de la familia de aquel verdugo musical, ni aquel matrimonio de mis pecados...

—¡Cómo! ¿Todavía había más?

—Sí, señor; todavía había más: una señora viuda de tres maridos, que lloraba á gritos... ¡á los tres!

—¿Nada menos que á los tres?

—Hay señoras así. ¡Si la hubiese usted oído! Era cosa que partía el corazón. Se pasaba las noches llorando y dando

voces desgarradoras. «¡Ay, Pancho de mi alma! ¡Ay, Isidoro de mi vida! ¡Ay, Pepe de mis ojos! ¿Por qué me habéis abandonado? ¿Qué será de mí sin vosotros? ¿Cuándo me reuniré con los tres?» Y después de estas frases, entrecortadas por los sollozos, volvía aquella Artemisa, corregida y aumentada, á exhalar su dolor en gritos agudos, que no nos dejaban dormir á los vecinos colindantes. Un día me asaltó una idea, que me apresuré á poner en práctica, desesperado de no poder descansar á ninguna hora. Voy á ver, me dije, si consigo al menos que me deje dormir de noche, ya que de día



es imposible, gracias al cornetín de mi vecino, á quien Dios confunda. Y me presenté á la viuda.—Señora, la dije, soy un caballero sensible y hace tiempo que sufro con su dolor.

—¿Eso le dijo usted?

—Y no mentía. ¿Le parece á usted poco sufrimiento eso de no poder pegar los ojos en toda la noche, oyendo llorar á una viuda de tres maridos? ¡Pues se lo doy al más pintado!

—Prosiga usted.

—Al escuchar aquellas palabras la buena señora apartó el pañuelo de los ojos y me miró fijamente.—Todavía es usted joven, continué, y es una lástima que el llanto empañe

esos ojos de serafín, que aún pueden brillar como esplendorosas estrellas en el cielo de otro amor, y marchite esas mejillas de nácar, que aún pueden encenderse como las rosas... ¿Qué consigue usted con llorar sin consuelo? Ajar sus encantos y afear ese rostro que tiene hechizado á un galán que hace tiempo suspira por usted.—Y envolví en una mirada de fuego á la viuda, que se puso como la grana.

—¿Y era realmente bella?

—¡Qué había de ser! Pero ¿para qué mujer no es un



evangelio la lisonja? El caso es que la buena señora se miró furtivamente al espejo y debió encontrarse algo desmejorada, porque se enjugó rápidamente los ojos. Después me miró sonriendo y murmuró:—¿Qué importa que se marchiten mis encantos? ¿Quién ha de suspirar por mí?—¿Quién? dije yo con acento fogoso; quien está dispuesto á sellar los labios mientras vea lágrimas en esos ojos, porque comprende que es un amor sin esperanza el suyo. Si ha de ser condenado por usted á morir de celos y de desesperación, vale más que ignore su sentencia.—Y tomando mi sombrero, me alejé con aire trágico de la viuda.

—¿Y?...

—Pues nada, que aquella noche dormí perfectamente, pero, si cesaron los llantos de la buena señora, en cambio, desde el día siguiente, empezaron sus persecuciones, pues estaba empeñada en que la dijera quién era el amante *anónimo*, y subrayaba la palabra con una sonrisa que... en fin, que me obligó á emigrar de la ciudad y á buscar en el campo la paz que no encontraba en ella. Allí nadie me importuna, y si bien es verdad que las cigarras se permiten, en el ardoroso estío, corear mis siestas, prefiero su canto al cornetín de mi antiguo vecino, como prefiero mis soledades á la vecindad de gentes molestas, y las costumbres rústicas y sencillas del campo á las incomodidades que ofrece la vida en la ciudad.

CASIMIRO PRIETO.

FILIGRANAS

I

Aquella niña del talle leve,
de purpurina risueña boca,
es, cuando le hablan del verbo *amar*,
más fría que la nieve,
más dura que la roca,
más falsa que la mar.

II

Entre sus manos santas Dios juntó un día
nieve, estrellas y rosas de Andalucía;
de las estrellas ojos hizo al instante,
y de la nieve y rosas pecho y semblante;
y así, de una amalgama tan caprichosa,
resultó la Eva-eterna: mujer y diosa.

III

Los poetas, fabricantes de castillos en el aire,
dirán, niña, que es hacerte, si no agravio, gran desaire,
no decir muchas lindezas de tu gracia y hermosura
en los versos con que manchan de estas hojas la blancura.
Aunque admiro los encantos de tu cuerpo escultural,
más me hechizan las virtudes que hay en tu alma angelical.

RICARDO PALMA.

MENDIGO DE PORVENIR

—Señor, tenga caridad.
¡Una limosna, señor!
—¡No, le he dicho!
—¡Por favor!
—¡Hombre! ¡qué tenacidad!
—¡Ay! Cuando vine de Europa
¿quién me había de decir
lo que había de sufrir,
sin comer... con esta ropa?...
—¿Vino usted de Europa?
—Sí.
—¿Y allí pedía también?
—Era para mí un edén
aquello, y no como aquí
donde soy un *atorrante*,
siempre en continua aflicción.
Porque yo allí era Barón.
—¡Vamos! Barón... postulante.
—Yo allí estudié con empeño.
—¿Para qué?
—Para abogado.
—Me lo había figurado.
—¿Sí?
—¡Claro! en lo pedigüeño.
—El Derecho, como digo,
me lo tomé tan á pecho...
—Sí; que estudiando Derecho
fué derecho á ser mendigo.
—Luego, y después que pensé
en entretener mis ocios,
me dediqué á los negocios
y al instante me casé.
—¿Negocio en que quebraría
si fué por el interés?
—No; el quebrarme fué después
al subir en un tranvía.
Con una energía homérica
de vivir buscaba el modo,
pero siendo inútil todo,
¿qué hice? pues venirme á América.
Un baúl-mundo vacío
mi equipaje completaba,

y no obstante, yo exclamaba:
«No me apuro, ¡el *mundo* es mío!»
—¡Es natural!
—¡Cuánta hiel
me hizo tragar un gandul,
pues decía que el baúl
no era mío, sino de él!
Llegado aquí, mi deseo
fué ponerme á trabajar,
y me puse sin tardar
en busca de algún empleo.
Estuve con tres ó cuatro
compañías varios días.
—¿Y eran *malas compañías?*
—Compañías de teatro.
Mas tuve una discusión
con el *patrón* y reñí.
Tenía hambre y me comí
unos pollos de cartón.
Como estaba ilusionado
yo me los tragué.
—¿Qué escucho?
—Mas luego padecí mucho
con el vientre encuadernado.
—Y ahora ¿por qué no trabaja?
—Voy á decirle, señor,
mi oficio es de corredor;
pero ahora estamos en baja.
—¿Corredor?
—Le estoy hablando
con toda sinceridad;
yo corro, esta es la verdad,
pero corro... mendigando.
—¡Ah!
—Parten los corazones
mis angustias y mi afán.
Yo pido.
—¿Y siempre le dan?
—Sí, me dan buenas razones.
Mi situación es tan crítica
que en cuanto encuentre zapatos,
aun siendo de los baratos,
me dedico á la política.
Y me encuentro decidido,
pues ya con alguno hablé.
—¿Y subirá?
—Subiré.

Me lo tienen prometido.
Hoy tengo las botas rotas
y la ropa en mal estado;
pero en cuanto esté empleado
¡voy á *ponerme las botas!...*

Luis García.

Buenos-Aires.

LAS GOTAS DE AGUA[1]

(DE APELES MESTRES)

La primera gota de agua
que cayó sobre la roca,
se deslizó y fué á perderse
silenciosa.

Siguiendo el mismo camino
cayó la segunda gota,
y se perdió la segunda
como la otra.

Y vino otra, y otra... y lentas...
tejieron siglos las horas,
y las gotas resbalaban
en la roca.

Y otra más, y otra... incesantes
y temerarias las gotas
ya abren surco, ya su paso
marcar osan.

El surco es ya una caverna
que la ardua roca devora;
pronto habrá desparecido
tal vez toda.

¿Cuál ha sido la más fuerte
y potente de las gotas,
la que á la nada redujo
la ardua roca?

No ha sido, no, la primera,
ni la segunda, ni la otra,
ni ésta, ni aquélla... ¡Ninguna!
¡Fueron todas!

J. T. Mera.

[1] Del libro *Odas serenas.*

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Carlos Vega Belgrano

DISTINGUIDO LITERATO ARGENTINO

PENSAMIENTOS

Estoy por creer que el hombre tiene más ideas, pero no más inteligencia que la mujer.

—

La mayor parte de los que se llaman realistas no son más que materialistas.

—

Lo que hay de complejo en el amor humano, nace del conflicto que existe entre el hombre animal y el hombre social.

—

Las gentes están más dispuestas á pagarse de su persona que de su dinero.

—

Los emigrantes están llamados á ser hombres libres, porque emigrar, en la mayoría de los casos, es concluir con las limitaciones más grandes y romper los lazos más estrechos.

—

La República Argentina es una democracia social, pero no política.

—

En la República Argentina, el sistema presidencial es una semidictadura sin grandeza.

CARLOS VEGA BELGRANO.

Buenos Aires, 1894.

EPIGRAMA

—¿Con su esposa, don Manuel,
á solas te sorprendió?
—Te equivocas, no fuí yo
el *sorprendido,* fué él.



ROMANZA DE PRIMAVERA

Cuando el rayo luminoso
de la luna en el follaje
ha dejado un tembloroso
fino encaje,

que destella entre la sombra
con blancuras de alabastro;
cuando la nivosa alfombra
de los fulgores del astro

en la selva se desata
formando un rico tapiz,
en donde riela el matiz
de la plata.

En alígeras bandadas
van los silfos y las hadas
—el cortejo de Oberón—
y en la noche negra y fría
van dejando su alegría
en sonora vibración.

Todo canta en la pradera
y la turba vocinglera
se detiene... ya no avanza...
¡son tus flores, Primavera,
levantando una romanza!

Son las rojas amapolas
y las blancas azucenas,
entreabriendo las corolas
y exhalando en tibias olas
sus fragantes cantilenas.

Son las flores pequeñitas:
las plateadas margaritas,
y la rubia madreselva;
son los lirios y las rosas,
las sensuales tuberosas
escondidas en la selva.

Son los pétalos de nieve
de los blancos azahares,
que la tenue brisa mueve
con su soplo dulce y leve
en los verdes limonares.

Canta trémula la fronda,
la azulada y móvil onda,
la tupida enredadera...
esos son tus trovadores,
los arpegios de tus flores,
reina blanca Primavera!

Y en alígeras bandadas
van los silfos y las hadas,
—el cortejo de Oberón—
cuando el alba roja avanza
y se apaga la romanza
en sonora vibración!...

Francisco M. de Olaguíbel.

Méjico.

EPIGRAMA

Falleció en un tercer piso
un usurero malvado,
víctima de cruel... estafa;
y me decía su hermano,
que habitaba en el segundo,
la vista al techo elevando:
—¡El pobre ya está en el cielo!
—Verdad: en el *cielo... raso*.

FRAGMENTO DE UNA OBRA INÉDITA

Es un caso que me ha sucedido muchas veces. Un día me propuse escribir un libro. Hice investigaciones, tomé apuntes, tracé el croquis del argumento, borroneé un par de diálogos y tres ó cuatro retratos y... al cabo de una porción de meses me encontré con estos borradores traspapelados en el fondo de mi pupitre.

Don Casimiro Prieto, que se pasa de amable, pedíame con insistencia algunas cuartillas de original para su magnífico ALMANAQUE. Yo estaba tan atareado que me era literalmente imposible escribir un artículo para satisfacer un deseo que tanto me honraba, y este hallazgo me pareció providencial.

Cogí aquellos apuntes y, cercenando por un lado y añadiendo por otro, compuse un artículo que luego resultó muy largo, por lo que resolví enviar á las cajas su primera parte, que en resumen dice de este modo:

Desde que se ha propagado el estudio del sanscrito, y los asiriólogos han encontrado la clave para descifrar los misteriosos caracteres cuneiformes, y los egiptólogos han arrancado al esfinge el secreto que tuvo guardado por espacio de tantos siglos, los eruditos conocen tan á fondo las remotísimas civilizaciones de Oriente como conocieron nuestros abuelos los anales de Grecia y Roma.

Resulta de ahí que toda la era cristiana es hoy una época relativamente moderna, como último esfuerzo y postrera etapa de la humanidad hacia ese ideal de perfección, que es la honra y el tormento de los míseros mortales. Por esto hacemos notar que es puramente relativa la antigüedad de los sucesos que nos proponemos relatar en este libro. Los egregios personajes y las obscuras muchedumbres que en ellos intervinieron profesaban nuestras creencias, tenían nuestro código religioso, nuestras supersticiones y prejuicios, hoy por

el progreso de la civilización atenuados, y sus costumbres instituciones políticas y jurídicas fueron el germen y el fund mento de las que más adelante florecieron y aún hoy en gra parte se conservan.

De estas y otras análogas consideraciones ha nacido el qu podríamos llamar criterio moderno en el estudio de la Histo ria; criterio que ha acabado con las arideces, la sosa y esté pedantería y el fárrago indigesto de fechas y nombres propio que antaño la constituían, volviendo locos á los estudiosos co una balumba de cosas superfluas, inconexas y, muy á menudo pésimamente ordenadas.

Hoy el historiador no menosprecia la leyenda; antes po el contrario la estudia, la analiza, la compara con otras de s índole y de su tiempo, y las señala á la atención del filólog y del etnógrafo, que á la luz de estos datos descubren la fili ción y los progresos de las lenguas y la emigración de la razas.

Quiero decir con esto que, ni aun en el orden puramen científico, puede calificarse la leyenda de elemento baladí de calidad muy secundaria. El pueblo, ese gran vate anónim que todas las compuso, prohijándolas, ampliándolas y orna mentándolas con las galas de una imaginación inagotable, e un gran colorista. En esas candorosas creaciones del ingeni popular hay toques magistrales, engendro de una intuició maravillosa, que no se aprenden ni se imitan. Sus personaje tienen un vigoroso relieve y una talla agigantada que traspa san los lindes de lo terreno y codéanse muy á menudo co los monstruos del mundo fantástico; pero sin perder por est el sentimiento humano, que es el secreto primordial de lo grandes triunfos literarios á la vez que el más opulento ma nantial de estéticas emociones.

De ahí que los poetas y los artistas más insignes, desde Dante hasta Shakspeare, de Shakspeare á Goethe, de Goethe á Víctor Hugo y de Víctor Hugo á Wagner, hayan ido beber en esa fuente inexhausta sus inmortales inspiraciones.

La idealización del tipo humano, elevado á la categor de mito, lo metamorfoseaba muchas veces en piedra, como l

hizo con Niobe, llorando la muerte de sus hijos. Revelábase la excelsa condición de los dioses y los héroes en la calma de sus actitudes, en la serenidad de sus semblantes, cuyos ojos sin pupilas parecían abarcar la infinita extensión de los horizontes. Pero el majestuoso é imponente sosiego de la apoteosis había despojado á los inmortales de todo vestigio terrestre. Sólo se contaba de ellos que, en la inefable beatitud del empíreo, se complacían en conservar algunas de las más regocijadas impurezas de nuestra realidad. De sus antojos y liviandades—escándalo de los más austeros filósofos de Grecia y Roma—nacieron los héroes ó semidioses, pregonando á la faz del mundo el comercio de los inmortales con los hijos é hijas de la tierra.

Aquellas deidades, que tenían carta blanca para saciar sin freno ni cortapisa sus más desordenadas pasiones, revelan los ideales de una sociedad sensual y voluptuosa; ideales de todo punto incompatibles con los dogmas y la moral de la Religión fundada por el Mesías. Del antiquísimo principio dualista, base de las filosofías y literaturas orientales, no aceptó el Cristianismo sino la noción de la lucha perennemente librada entre el bien y el mal. Y aun no consintió que se les considerase situados á un mismo nivel, combatiendo como de potencia á potencia, sino en el modo y forma que tan magistralmente ha expuesto Milton en su *Paraíso perdido.*

El triunfo del Cristianismo fué ante todo el triunfo de una reacción espiritualista. La carne, esto es, la materia, con sus físicas propensiones á los deleites groseros, fué incluída en la lista de los tres mayores enemigos del hombre. Y á tal punto llegó el terror inspirado por sus pecaminosos instintos, que cayeron en desuso las abluciones y los baños del gentilismo y proscribióse el desnudo en las artes plásticas, representándose á los santos con unos cuerpos diáfanos de puro demacrados, esto es, con la cantidad de materia estrictamente necesaria para servir de albergue á una alma corrida y espantada de su cárcel terrena.

¿Queréis ver los prototipos de esa gran revolución religiosa, artística y literaria creados por la Musa popular euro-

pea? Ved el maravilloso ciclo de leyendas del rey Arturo de Bretaña. Sir Galahad y sir Parsifal, los más perfectos paladines, no van en busca de mundanas aventuras, sino de un místico y celestial tesoro: el San Graal. Y como el tal tesoro no puede conquistarlo sino un caballero virgen de todo carnal comercio, los dos héroes cristianos consagran su virtuosa existencia no sólo á exterminar á los monstruos que pretenden cerrarles el paso en su santa empresa, sino también, y muy principalmente, en vencer las tentaciones con que se empeña el infierno en malograrla.

Este espíritu de abnegación y misticismo resplandece en todos los héroes de los poemas caballerescos, desde las tradiciones referentes á los Caballeros de la Tabla Redonda hasta el Tancredo de la *Jerusalén libertada*. Es la pintura de la eterna lucha entre la pasión y el deber, base de la moderna escuela romántica; otra reacción espiritualista contra los convencionalismos de una resurrección literaria incompatible con el genio y las tendencias de la civilización cristiana.

A los tipos petrificados del Olimpo clásico sucedieron los caracteres vivos, animados, batalladores, de carne y hueso; pero de carne palpitante, pecadora, que sucumbía muchas veces á la tentación al sentir las llamaradas del infierno, brotadas de allí para sólo ello, cuando ascendía la savia por los troncos de los árboles y cantaban los pájaros sus amores en la floresta, y todo convidaba al amor y á sus dulces deleites.

Era que la Gran Madre se vengaba del desvío de aquellos místicos exagerados; era que la Naturaleza reivindicaba sus derechos de despótica soberana; era que, á despecho de las más virtuosas intenciones y de la más sublime fortaleza de espíritu, la flaqueza de la carne se rendía á la fascinación de una realidad hermosa y á la influencia de una atmósfera embriagadora que hacía penetrar por todos sus poros los efluvios de vida que despide la tierra.

Entonces el héroe se avergonzaba de su caída, sonrojábase de haber sido hombre, macerábase con ásperas penitencias, y pasaba noches y más noches llorando amargamente su culpa en el fondo de una caverna escondida en la fragosidad de un

monte, alimentándose de hierbas y raíces para tener á raya los ímpetus de la carne. De estos combates y esta abstinencia debían nacer pesadillas y alucinaciones muy terribles que han inspirado á Callot su famosa obra *Las tentaciones de san Antonio* y á Flaubert la obra del mismo título, célebre por su fantasía y colorido.

Desde los anacoretas de la India, tan ponderados en el *Ramayana*, hasta los ermitaños de la era moderna, son infinitos los casos de esta índole que registran los anales y los poemas de todos los pueblos. Allí, á orillas del Ganges, ya se encuentra el tipo original de esos seres privilegiados que, á fuerza de penitencias y meditaciones, acababan por subyugar la Naturaleza equiparándose á los dioses. Bien dice la Biblia que no hay nada nuevo bajo el sol.

De esa antítesis tan radical, de esa lucha perenne entre el espíritu y la carne debían nacer por necesidad muchísimas y muy dramáticas leyendas, en las cuales no puede menos de ver el pensador una reacción y una protesta contra la teoría desconsoladora que encierra la existencia y el destino del hombre dentro de los límites de su miserable peregrinación sobre la tierra.

En esos formidables conflictos vese renacer la lucha tradicional de las viejas mitologías orientales entre los ejércitos luminosos de los cielos y las precitas legiones de las tinieblas; entre las potestades benéficas y las deidades malignas; entre Rama, encarnación de Vishnú, y Siva, príncipe de los infiernos; entre Oromazes y Arimanes, entre Osiris y Tifón. Es la eterna teoría dualista en la cual ve el Cristianismo una reminiscencia de la revelación primitiva y que en Jesucristo y Satanás hallamos nuevamente reproducida.

No hay nada más curioso que el estudio de estas leyendas remontando el curso de las edades, observando las evoluciones que realizaron al través de los siglos y notando las analogías y las diferencias que en ellas se advierten, merced á la influencia del tiempo, del clima y de las diversas razas que influyeron en su carácter y en su desenvolvimiento.

Por esto el estudio del Folk-lore, que muchos califican con

harta ligereza de frívolo entretenimiento, es tan útil y atractivo. En suma viene á ser como la historia interna del genio humano. En los pueblos eslavos se han encontrado reminiscencias de la mitología védica; en la Escandinavia se han descubierto vestigios de supersticiones asirias.

Sobre cada una de estas coincidencias podría escribirse un libro curiosísimo. A veces no son completas; les sobran ó les faltan detalles para asemejarse por completo á la tradición primitiva. Es que una súbita inmigración, una expedición guerrera ú otro motivo, á veces ignorado, injertaron en el tronco principal una rama exótica, y es en muchas ocasiones harto difícil distinguir lo accesorio de lo principal y señalar la filiación de cada uno de estos mitos.

Cox, en Inglaterra, y Gubernatis, en Italia, han sobresalido por su ciencia y sagacidad en estas arduas investigaciones. Como humilde discípulo de tan sabios varones, no aspiro á más que á aprovechar su enseñanza, como aprovecha el minero la luz de la lámpara que le preserva de extraviarse en el dédalo subterráneo que recorre en busca de escondidos tesoros.

Mi propósito es reseñar y comparar entre sí dos interesantes leyendas: la bretona de *Roberto el Diablo* y la catalana de *Juan Garín*.

. . . .

En efecto, tal era mi propósito; pero otros trabajos más urgentes me privaron de realizarlo. El escritor propone y el editor dispone. Escribir lo que á uno le viene en voluntad es un lujo que pocos escritores pueden permitirse.

Y ahí tiene mi buen amigo, el señor Prieto, por qué le ofrezco estas cuartillas tan sosas é incongruentes, rogándole que perdone la franqueza en obsequio á la buena intención. Si mejores las tuviera, mejores se las ofreciera.

J. Coroleu.

Barcelona, 20 de Abril, 1894.

EN LA ÓPERA



—¿No te gusta el tenor? ¡es un portento!
¡qué voz! ¡qué sentimiento! ¿á quién no embriaga
de entusiasmo y placer su dulce acento?
—¡Cómo no ha de cantar *con sentimiento*,
si hace un mes que la empresa no le paga!

SÁTIRA [1]

CONTRA VICIOS Y MALAS COSTUMBRES ACTUALES

Leí, Trelles amigo, los renglones
en que me anuncias el menguado intento
de imprimir en un tomo tus canciones.
Aún lo medito y me parece cuento.
—¿Cómo es posible — exclamo — tal locura
en hombre de su edad y su talento?
En vano, Trelles, mi razón procura
el móvil conocer que te inspirara
tan informal y fútil aventura.
¿Qué te propones, dí? Tu mente clara
¿no te muestra el escollo? ¿No te advierte
que no es de cuerdos pretensión tan rara?
Harto sé que es tu numen libre y fuerte;
que luce en lo festivo fácil vena
y en un solo cantar zurra y divierte;
sé que el triunfo del mal te causa pena,
y aunque el pollino esté forrado en oro,
en vez de darle miel le das avena.
Harto sé que no formas en el coro
que alabanzas dirige á los tiranos,
del numen y las letras en desdoro.
Mas conozco también, como á mis manos,
lo que en punto á costumbres de lectura
suelen ¡ay! dar de sí nuestros hermanos.
¡Pobre del vate que deber procura
(ni aun de mendrugo mísero) el sustento
sólo á su inspiración alada y pura.
Admirarán la gracia y sentimiento
de su cantar, y en Juntas y Casinos
á sus obras tal vez darán tormento.
Pediránle sonetos peregrinos
para el álbum de Flérida y de Juana,
ó bien para el natal de sus vecinos.
—Saque usted unos versos á mi hermana.
—Escríbale un acróstico á mi tía.
—Déme un canto de amor para Fulana.

[1] Premiada en los últimos Juegos Florales de Mayagüez (Puerto-Rico).

Este será el cantar de cada día...
¡En tanto que los libros del poeta
ociosos llenarán la librería!

—

Perdona, caro amigo, que así meta
en tu propia escudilla mi cuchara,
y en vez de protección te dé palmeta.
Me gusta la verdad sencilla y clara,
y si peca mi labio de severo
es noble la intención y ella me ampara.
¿Pretendes adquirir gloria y dinero?
Pues huye de la bella Poesía,
que sólo — á mucho dar — da lo primero.
Si quieres obtener tal gollería,
hacia el tinglado de Mercurio boga
y dirige á este dios la puntería.
Inventa un específico, una droga;
haz píldoras de miel y barro duro,
cúbrelas de la ciencia con la toga,
dales tu nombre, en fin, y yo te auguro
(si es el reclamo pródigo y brillante)
que pronto habrás un porvenir seguro.
¿Pones á mi proyecto mal semblante,
y á combatirle vienes, conduciendo
de la honradez el Cristo por delante?
¡Sosiégate, por Dios, y no haya estruendo
que, aunque no te propongo cosa nueva,
tu alarma y tus escrúpulos comprendo!

—

De otra industria más fácil haz la prueba;
busca ron malo, adóbalo de modo
que halague el paladar de quien lo beba,
y alaba tu invención. ¡Eso es el todo!
¡Hay que tener propicio al dios risueño
por quien la Humanidad empina el codo!
¿Me miras otra vez con torvo ceño?
¡Bah! Del vicio en la hoguera pavorosa
que no se ha de extingir ¿qué importa un leño?
Darle crédito á un ron es fácil cosa.
Cual moscas á la miel irán las gentes
en pos de tu bebida apetitosa.
Y tendrá cada vez más alicientes;
que el vicioso al objeto deseado
lo ve del optimismo con los lentes.
Uno dirá: — ¡Qué gusto delicado!

Otro: —¡Qué buen color! ¡Qué rico aroma!
—¡Cómo aviva el testuz! — dirá un taimado.
Aún habrá quien afirme, y no de broma,
que es digestivo, fresco, atemperante,
y merece entre todos el diploma.
Un nombre le pondrás vivo, insinuante;
La Ventura, La Gloria, La Ambrosía,
El Amor, El Ensueño, La Bacante,
y verás cómo crece cada día
la fama de ese ron que hará tu fama,
dando á tu bolsa pingüe granjería.
De la vida en el vasto panorama
deslumbra más el fraude refulgente
que del talento la fecunda llama.
¡Triunfe, pues, de la lira el aguardiente,
y, ya que el vulgo desbordado impera,
lucrémonos del vulgo en la corriente!

—

¿No te gusta la fama licorera?
Pues hallarás industrias á montones,
sin calentarte mucho la mollera.
Explota del azar las tentaciones,
y el lotero filón, que es vena rica,
te dará sin esfuerzos sus doblones.
Del sabio Darwin la invención aplica
á embravecer el gallo belicoso
que aun en las garras de la muerte pica.
Observa, elige, cruza sin reposo
hasta obtener el tipo sublimado
que mata á sus congéneres furioso.
Presenta luego al galleril mercado
ese Cid Campeador de cresta y pico,
ese Roldán intrépido emplumado,
y á fe de hombre veraz te certifico,
que si hay en tus gestiones eficacia
esos gallos te harán famoso y rico.
Otras industrias hay de jugo y gracia
que no describo aquí punto por punto,
porque fuera ofender tu perspicacia.
Mas si eres soñador, según barrunto,
si el afán de escribir tanto te abruma,
nuevo giro daremos al asunto
sin salir de su radio, pues — en suma —
el negocio venal es ambidiestro,
y lo mismo hace á pelo que hace á pluma.
Cual se lleva un rocín por el cabestro,

así del vulgo la atención domina
el escritor en máculas maestro.
  Ya convierte la péñola en bocina,
y del triunfante la pasión halaga
en espera de pródiga propina;
  Ya del vencido la sangrienta llaga
exacerba y aviva de tal suerte
que en vez de repulsión produzca paga.
  El *guisado* dispone en salsa fuerte,
que al paladar del cándido recrea
y su buen gusto natural pervierte.
  ¡Mucha frase ahuecada y poca idea,
golpes de relumbrón, brochazos duros,
poca luz diamantina y mucha tea!
  Así el seudo escritor sale de apuros,
y ante el coro vulgar echa la pata
á los ingenios doctos y maduros.
  ¿Te gusta el figurín? La flor y nata
del gremio publicista representa
ante el corrillo que su voz acata.
  Si el patriótico ardor le tiene cuenta,
extremará la nota hasta el delirio,
mientras pone quizás la patria en venta.
  Hablará de Numancia y su martirio,
y encenderá una vela á don Pelayo
y á don Opas después pondrále un cirio.

—

  ¿No te aventuras, Trelles, al ensayo?
Tu conciencia de austero, ¿no se aviene
con las mangas anchísimas del sayo?
  Pues varias formas el negocio tiene.
En las de más fulgor pasa revista,
por si alguna entre tantas te conviene.
  De la más fácil te pondré en la pista.
¡Veremos si con mañas de coqueta
tu desdeñosa voluntad conquista!
  Establece un periódico veleta,
cuya opinión versátil cambie y gire
tan sólo al lucro material sujeta.
  Que pague pronto y bien el que lo inspire,
y su contradictor desmienta y pague
cuando aquél cierre el bolso y se retire.
  No hay perfidia en la cosa ni hay enjuague,
y es justo conceder emolumento
á todo el que nos sirva y nos halague.
  Cual se alquila por viajes un jumento,

conductor infeliz de la materia,
se alquila el conductor del pensamiento.
¡Todo es negocio ya, todo se feria,
y algo á la profesión más noble y alta
ha de tocar de la común miseria!
Cuando noticias graves hagan falta,
busca afanoso la que al hombre humilla,
y deja con desdén la que le exalta.
El cadalso, el revólver, la cuchilla,
los crímenes de amor, del vicio el cieno
son del vulgo sabrosa comidilla.
¡Infíltrale en el alma ese veneno,
y en el olvido — porque no impresiona —
quede la acción magnífica del bueno!

—

Ya imagino en tu frente la corona,
y en férrea caja la copiosa renta
que te permita hacer la *vitta bona*.
Si eso no te entusiasma y te contenta,
pide á tu inspiración otro programa
y acusa en otros tutes las cuarenta.
Solicita el favor de alguna dama
que tenga en las alturas poderío;
de política audaz entra en la trama;
agárrate á la chupa de algún tío
que te *saque* á la fuerza diputado,
y al presupuesto adhiérete con brío.
Haz, en fin, lo que fuere de tu agrado,
con sólo una excepción: darnos impreso
ese libro, en mal hora proyectado.
Como dice la jíbara [1] al camueso
que con no muy honestas intenciones
la requiere de amor, «déjate de eso.»
Medita bien y en calma mis razones,
y no lances los versos á la imprenta
sin medir el peligro á que te expones.
Si alguien con celo pertinaz te alienta,
ó no siente el dolor de tu... bolsillo,
ó lo hace con su sal y su pimienta.
Querrá costuras gratis el muy pillo,
y que pongas también los materiales,
como el cándido sastre del Campillo.
¡Oh, Trelles, vuelve en tí! Piensas y vales,
y hasta tienes (aparte lo poeta)

[1] Campesina de Puerto-Rico.

tus potencias de espíritu cabales.
Aún puedes ¡vive Dios! dar en la meta
y tomar por asalto la Fortuna,
con un esfuerzo súbito de atleta.
Ya que á la audacia el éxito se aduna,
con ella sola puede el ambicioso
remontarse á los cuernos de la luna.
El saber es un lastre peligroso
que impide la ascensión. ¡Los libros cierra,
y lánzate á medrar, haciendo el oso!
A las Musas y al Arte mueve guerra;
haz del talento y la virtud desmoche,
y rabie la verdad. ¡Ancha es la tierra!
Para que el mundo luego no reproche
de tus planes soberbios la osadía,
sube la cuesta de Mercurio en coche,
y dirige á este dios la puntería.

MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS.

Puerto-Rico.

DESPEDIDA

Á FEDERICO GAMBOA

Nos abandonas hoy. Ave viajera,
después de mucho andar, solo, rendido,
vuelves las alas al paterno nido,
que allí el abrazo paternal te espera.

Haces bien, pues la dicha verdadera
sólo se encuentra en el hogar querido,
donde, junto á la madre, sin ruido,
como un sueño pasó la edad primera.

Tú la hallarás, sin duda. La has ganado
al apurar los ásperos dolores
que siente en tierra extraña el desgraciado;

Y propicios te sean los amores
en la patria feliz, donde ha cantado
su bardo predilecto, el dulce Flores.

D. D. MARTINTO.

Buenos Aires, 1893.

BUEN REMEDIO



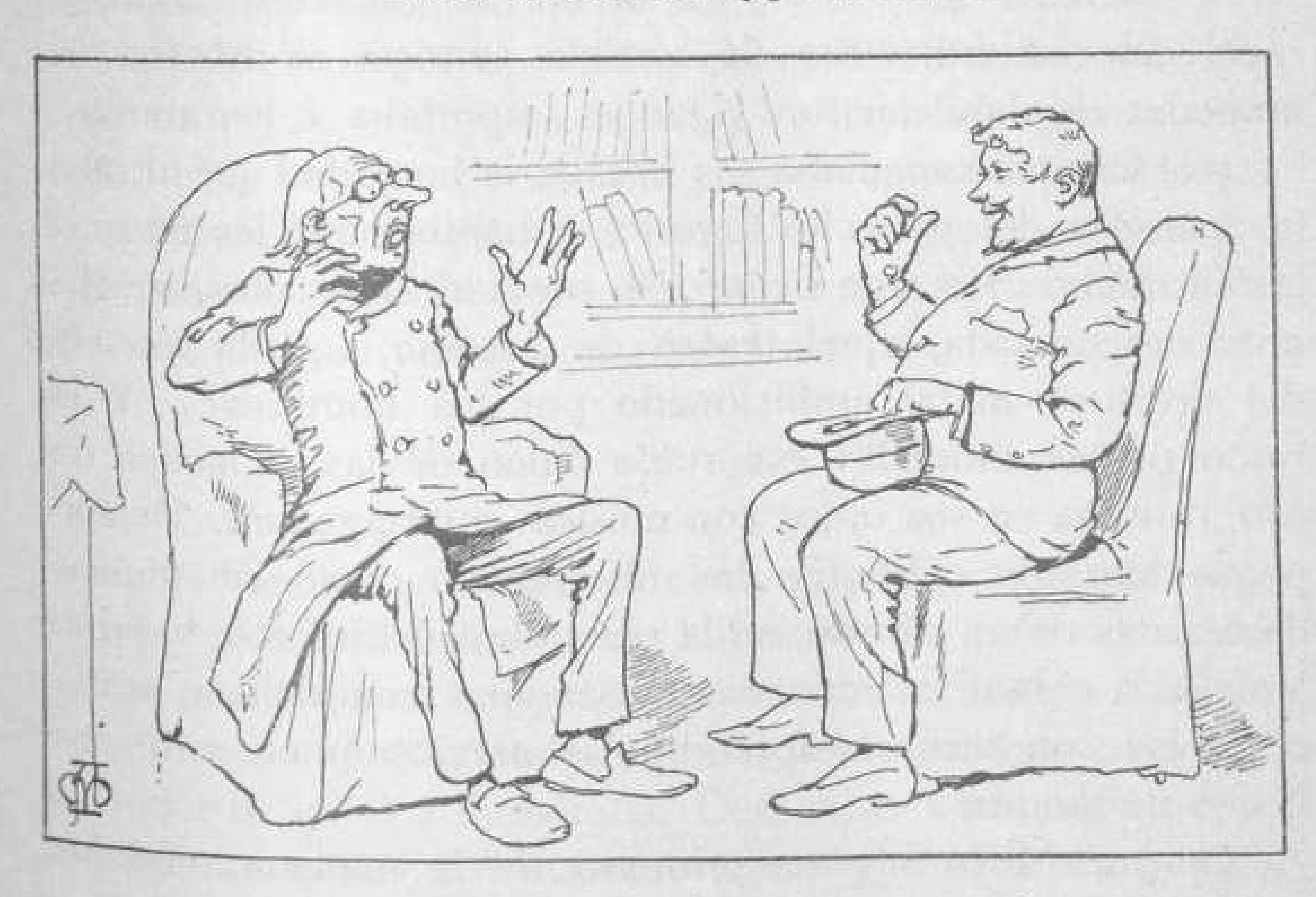
—Víctima de cruel anemia,
si en algo tiene la vida,
salga usté al campo en seguida,
pues la enfermedad apremia.



—¡Salir al campo, á perder
el tiempo en eternos ocios!...
¿Cómo dejo los negocios
en manos de mi mujer?



—Es preciso que busquemos
algún medio...
—¡Separarte
al mes justo de casarte!
—Pues es forzoso... ¿qué hacemos?



—¿Quién le va á usté á conocer?
fortuna la suya ha sido
de ir al campo...
—¡Si no he ido!...
quien ha ido es mi mujer.

EL TORMENTO DEL AVARO

Á CARLOS VEGA BELGRANO

I



SOBRE el jergón de la mísera vivienda, los dos mendigos, matrimonio de harapientos, contaban y recontaban con afán las brillantes monedas de oro. Habían tendido la mano á todos los habitantes de la opulenta ciudad por espacio de cincuenta años. Y ahora, en las noches heladas, á la luz de vacilante candileja, revolvían con fruiciones de sórdida avaricia el montón de monedas resplandecientes. ¿Qué les importaba á los arambelosos el frío que congelaba sus huesos, la humedad que filtraba las paredes del estrecho tugurio, el hambre que les retorcía las entrañas? ¿No eran ricos? ¿No poseían, ellos solos, aquella mina desconocida, aquel tesoro de Sésamo, aquella cascada del precioso metal ambicionado por los hombres?... Y el ruido de las monedas, ese ruido único de las monedas de oro, cantaba en sus oídos con música embriagadora. Relampagueaban los ojillos de los miserables, como las pupilas llameantes de un cárabo, en la penumbra del infecto tugurio. Volvían á contar las monedas, besándolas con delicia, acariciándolas con ternura, apretándolas nerviosamente entre sus dedos de momia.

Después, á los fulgores primeros de la mañana, rendidos por la fatiga, debilitados por el ayuno, se dormían echados de bruces sobre el tesoro, se dormían el uno junto al otro, pareja de gusanos nauseabundos y repelentes como las brujas de Macbeth.

II

Una noche de Diciembre, una límpida noche fulgurante, en que las estrellas cantaban, allá arriba, la melopea sublime de los orbes, el gran ángel de alas negras, que recoge las almas depravadas, arrebató de los cuerpos raquíticos las dos almas leprosas de los mendigos, y condújolas ante el trono soberbio donde el monarca de las sombras eternas juzga á los réprobos, rodeado por sus falanges malditas, por sus cohortes silenciosas y fúnebres.

Infinitas columnas de jaspe negro sustentaban las arcadas inmensas del palacio tenebroso. Una luz extraña, fosforescente y melancólica, alumbraba las galerías que se bifurcaban en largas espirales. Con ondas intermitentes, un perfume penetrante de sándalo, surgiendo de pebeteros invisibles, inundaba el ambiente azul-pálido. Sobre un trono magnífico,—un trono de ágata recamado de púrpura,—el gran Rebelde, con majestad de Arcángel, apoyando el nervudo brazo sobre tridente flamígero, con gesto augusto, ordenó á las almas jibosas de los avaros que penetraran en sus cuerpos raquíticos, y allí, al lado, en altas pilas de monedas áureas y enloquecedoras, fué colocado el tesoro recogido sobre la tierra durante cincuenta años de privaciones y de miserias.

III

Habló luego el gran Rebelde al oído del ángel de alas negras, y el eco monstruoso de las orquestas infernales rompió con una overtura magna, estrepitosa, formidable. Un festín opíparo, un festín deslumbrante, presentóse ante los ojos fascinados de los dos mendigos. Demonios coronados de caléndulas, amapolas y nenúfares, tañendo címbalos y flautas, marchaban á compás con actitudes funambulescas. Tumultuosa avalancha de diablillos, jinetes sobre elásticas culebras, que azotaban con fustas de piel de camaleón, penetró en la magnífica estancia, y con ritmo diabólico cantaron en coro,

en tanto que bayaderas pálidas, cubiertas las amplias formas provocativas con túnicas de gasa, esparcían sobre los convidados atónitos una lluvia de perlas y de rosas deshojadas, y en copas de ámbar escanciaban licores que tenían los pérfidos cambiantes del ópalo y las ígneas fulguraciones de los rubíes mágicos de Oriente.

IV

De pronto los mendigos, que acercaban á sus labios manjares exquisitos, sin apartar sus ojillos de murciélago del montón de monedas, lanzaron un grito, un grito de horrible angustia, de amargo padecimiento. Lentamente iba disminuyendo, achicando, desapareciendo su tesoro. Sin agitar sus labios, con expresión indefinible de terror, veían desaparecer suavemente, gradualmente, paulatinamente su tesoro. De la pila de monedas sólo quedaba una; ¡la última!...—¡Piedad! gritaron, arrastrándose como reptiles á las plantas de Luzbel; ¡piedad! ¡Déjanos, al menos, oh Rey, esa última reliquia de la pasada riqueza!—Y lloraban á los pies del adusto Monarca de las sombras, que les contemplaba en silencio, con irónica sonrisa, con majestad de Arcángel, apoyado en su tridente flamígero. Luzbel se inclinó al oído del ángel de alas negras, y entonces, ¡suplicio formidable! al lado mismo de los dos avaros, sin que pudieran alcanzarlo, se vió brotar un río de oro líquido, se vió correr un río maravilloso de rubias olas centellantes, un río de olas parecidas á rayos de sol fundidos, á fragmentos de astros y de nebulosas disueltas. Y los miserables, lívidos por el deseo, espoleados por la codicia—nuevos Tántalos enloquecidos por la sed del oro—extendían, en vano, sus labios hacia la fúlgida corriente, extendían, con ansia, sus labios febriles, á través del hondo tiempo, por toda una larga noche de siglos, en la perpetua noche de la insondable Eternidad!...

LEOPOLDO DÍAZ.

1894.



PAISAJE

Atardece, y el sol con lumbres rojas
tiñendo está la inmensidad del cielo;
de los ceibos en flor brillan las hojas,
y los pájaros saltan por el suelo.
Cada chispa de luz es un topacio,
cada jilguero un cántico sonoro,
cada floresta espléndida un palacio,
y cada nube un camarín de oro.
Los átomos de púrpura abejean
sobre las albas y entreabiertas rosas:
las libélulas fúlgidas llamean,
y se irisan al sol las mariposas.
Azota el mar con ímpetu violento
el robusto perfil de los escollos,
y del aura fugaz el tibio aliento
acaricia los vívidos pimpollos.
Allá en el bosque zumba la cigarra,
bulle la gente al pie del ventorrillo;
de pronto vibra el son de la guitarra,
y el entusiasmo crece en el corrillo.
En el ruinoso templo de la aldea
resuena lentamente la campana;
el agua en los remansos chapotea,
y hay en el campo olor de mejorana.
Tras el pretil que se enguirnalda en flores
se oyen voces de niños cristalinas,
y en el fresco verjel, los surtidores
se están diciendo chanzas peregrinas.
A la orilla del mar se halla sentada
la más linda doncella del contorno;

hierve de áureos insectos la enramada,
y el ocaso refulge como un horno.
Viste la niña enagua azul marino,
y bajo el ala gris de ancho sombrero,
lucir se ve su rostro peregrino,
albo como el semblante de un lucero.
Cada mirada suya es un derroche
de luz, de amor, de intensa poesía:
negras sus trenzas son como la noche,
y brillantes sus ojos como el día.
¿En qué piensa? Lo ignoro... acaso en nada:
quizá en la luz que en occidente espira.
¡Yo sólo sé que es triste su mirada,
y muy hondo el pesar con que suspira!

GONZALO PICÓN.

Caracas.

RITMOS

Sobre el airón flotante de las palmeras,
y en las alegres linfas de las praderas;
sobre el ciclópeo dombo de la montaña,
que su frente en los nimbos del iris baña;
en el nido que es góndola de seda y plumas,
y el lirio hecho del fleco de las espumas,
hay fulgores sedeños y virginales
y efluvios de violetas primaverales.

En la tierra bendita de los ensueños,
al brotar de los mirtos surgen los sueños...
en torno de los árboles, viejos druídas,
giran en áurea danza las nereídas;
las ondas-esmeraldas, de sol radiosas,
abren sus abanicos entre las rosas,
y el grácil junco yergue, cabe los ríos,
su piocha de oro y perlas de los rocíos.

¡Oh la triunfal mañana, pura y serena,
de cántigas y besos y albores llena!
¡Rica y dulce esperanza que el alma enflora,
y da á las frentes pálidas halo de aurora;
que pone en las mejillas adolescentes
el sol de nuestros cielos resplandecientes,
y en la miel de tus labios, castos ardores,
y en mí la ardiente abeja de los amores!

ABRAHÁN Z. LÓPEZ PENHA.

Barranquilla (Colombia).

MONSIEUR LEVANT

EL FÍGARO COLONIAL



ERA virrey de las Provincias del Río de la Plata, don Nicolás del Campo, primer marqués de Loreto, cuando llegó á Buenos Aires, allá por 1784, el primer peluquero francés, maestro del arte, que conocieron los elegantes de aquellos días.

Un peluquero francés en esos tiempos era todo un acontecimiento: monsieur Levant traía la última moda de Francia, los últimos perfumes, las pomadas recientemente confeccionadas por los perfumistas reales; y luego, monsieur Levant era un hombre de ciencia consumado, de gran labia, gran conocedor de la crónica mundana del siglo XVIII; él conocía los amores de la marquesa de Presles con el caballero de Hauterive, porque siendo peluquero del marqués, le había demorado la barba con gran impaciencia de éste, para que el pobre caballero pudiera escurrirse por la ventana, sirviéndole de escala los enrejados de hierro en que se entrelazaban las trepadoras de hiedra. Monsieur Levant daba tal gracia á las pelucas y al peinado de las señoras, y hacía la barba con tal limpieza á los urbanos de Buenos Aires, que muy pronto fué el hombre más popular y más querido de la ciudad.

Aquella villa tranquila que, hasta entonces, sólo había presenciado los escándalos promovidos por los obispos contra el virrey, y otros análogos, comenzó á agitarse con los *cancanes* de las calles y la crónica de las familias. El teléfono de entonces era monsieur Levant. De ocho á doce del día reco-

rría todo el *faubourg* de la gente currutaca; los sirvientes le dejaban entrar en todas las casas y penetrar en los más recónditos sitios de los placeres de entonces. A aquella hora podía verse al peluquero francés con su tricornio de fieltro su gran delantal almidonado lleno de encajes españoles, calzado elegantemente como un galán joven de Molière, y llevando bajo el brazo una gran caja de loza iluminada con pinturas á lo Watteau, en los que una cantidad de princesas



emperifolladas aparecían en un bosque, galanteadas por otros tantos donceles.

La caja con que monsieur Levant hacía la barba y fabricaba los peinados femeninos era una maravilla, y bastaba verla para rendirse ante aquel hechicero de la peluquería.

Monsieur Levant sabía todo lo que pasaba en Buenos Aires; cierto es que, además de su oficio, hacía clandestinamente la correspondencia social. Él sabía deslizar una carta con la gracia de Fígaro, sin que el padre ó el marido lo sospechasen, y sabía recoger la contestación con igual tino. Mientras el señor de la casa, ahorcajado en la enorme sábana

blanca, recibía en sus carrillos los golpes de jabón del pincel de monsieur Levant, oía tantas cosas agradables, que la operación matutina, odiosa y pesada antes, cuando la practicaban los mulatos barberos, se volvía una necesidad del espíritu, y parecía breve en medio de la charla del francés.

Nadie preparaba la cabeza de una mujer para un sarao como monsieur Levant. Una noche, en casa del Intendente Paula Sanz, la sociedad porteña se reunía para oir cantar á la guitarra á la Mercedes, una artista del tiempo, y pasmaron en el gran salón los peinados de algunas matronas que llevaban en sus cabezas verdaderos poemas de pelo, simulando el oleaje del mar y barcos navegando entre riscos de perlas y de diamantes. El autor de aquellas maravillas era monsieur Levant. Su nombre corría por toda la sala.

La influencia del peluquero francés duró muchos años. Cada vez fué más grande la confianza que en él depositaban sus parroquianos. Las remesas de untos y afeites, que le traían los galeones correos, no pagaban derechos; pasaban á vista y paciencia de los guardianes reales, y es fama que en los cajones monsieur Levant recibía algo más que pomadas, tijeras é instrumentos de peluquería, porque, de repente, los elegantes del tiempo, ya en los toros, ya en la misa mayor, lucían alguna nueva prenda que marcaba la última moda bajo Luis XVI.

Aquel poseedor de los secretos y confidencias sociales, desde los del virrey hasta los del último vecino, no debía conquistar el galardón que merecían sus singulares aptitudes.

De repente, en la casa del señor Síndico de la ciudad, se dió el grito de alarma; la piocha magna de Madama, que tenía doce diamantes del Brasil, de un tamaño descomunal, y una perla guayaquileña como un huevo de paloma, había desaparecido. Tres esclavos fueron atados y otro les aplicó una buena dosis de palos para que confesaran el hurto; pero los tres negros aguantaron los palos y no confesaron nada.

Se dió parte al señor Juez de Policía, y en el momento en que el mayordomo de la casa hacía la denuncia, el Alférez real se presentaba también dando cuenta que le habían

robado toda la plata labrada del dormitorio, hasta la del uso nocturno, que, por su peso y su capacidad, tenía fama en las cuatro cuadras á la redonda de la Plaza Mayor. Mientras se tomaba razón de estas denuncias, llegaban otros vecinos afligidos; á uno le habían robado las hebillas de aguas marinas junto con los zapatos de tacón rojo; á otro le habían desnucado el bastón de unicornio, arrancándole el puño de oro y margaritas con incrustaciones de diamantes. En fin, al mismo señor Juez le habían eliminado el anillo nupcial del propio dedo de su consorte.



¡Esto clamaba al cielo!

Monsieur Levant era el primero en escandalizarse. A él mismo le habían robado su caja Watteau con toda la colección de untos y coloretes. La población estaba alarmadísima. Se hicieron veinte prisiones de individuos sospechosos, de sirvientes ladinos y esclavos traviesos. Se les puso en el cepo á todos, y, como de costumbre, se les mandó rapar y afeitar. No había peluquero á mano y tuvo que venir monsieur Levant á hacer la operación. Pero ¡oh mala suerte! uno de aquellos presos conocía al peluquero, y al verle entrar, exclamó:

—¡El ladrón es éste; es nuestro jefe de gavilla!

En vano monsieur Levant protestó y echó un discurso patético y conmovedor. El Preboste, que estaba allí presente, ordenó su detención, y monsieur Levant fué preso. Aquel día nadie se hizo la barba, y, al poco tiempo, los elegantes y las elegantas estaban de nuevo en manos de los peluqueros mulatos.

Se instruyó el proceso; pero no se encontraron las joyas, ni siquiera el argentado mueble del señor Alférez real. ¡Todo había corrido burro!

. . . .

Dos meses después, un negro, pregón de la ciudad, con un soldado del Fijo á cada lado, anunciaba en las cuatro bocacalles de la plaza la condena de Levant, seguido por un burro en que éste venía atado de espaldas, recibiendo las burlas y las pedradas de una banda de pilluelos, y los regalos de dos azotadores públicos.

Después de esta exhibición, el Cabildo embarcó á Levant á Patagones; y allí, aquel artista de la *high life* porteña del siglo XVIII, concluyó sus días, recordando los amores de la marquesa de Presles con el caballero de Hauterive, y rapando indios pampas.

LUCIO V. LÓPEZ.



RIQUEZAS BIEN ADQUIRIDAS

Mi buen Casimiro Prieto,
amigo muy estimado;
del setenta y seis acá
han corrido algunos años;
no olvido que en él fundaste
tu Almanaque renombrado,
y quisiste que la Musa,
de este pobre poetastro,
fuera nota discordante
en tu original Parnaso.
Agradecí tus favores
que de orgullo me llenaron;
pero me asombra, buen Prieto,
que persistas obstinado
en que en tu hermoso Almanaque
siga yo colaborando,
cuando has de estar persuadido
de que lo que escribo es malo.
Pero... *pues tú te lo quieres*...
allá van mis garabatos
y sirvan para decirte:
que según vengo observando,
en este mundo atrayente,
por sus delicias y encantos,
deseando estamos todos
permanecer muchos años.
Vivir queremos, vivir,
pero vivir disfrutando
de agradables sensaciones,
de poderío y de fausto.
Aunque debamos el ser
á míseros proletarios,
queremos coches y galas,
y brillantes y lacayos,
y seductores placeres,
y suntuosos palacios.
Para poder disfrutar
los mundanales encantos,
«Yo seré rico,» se dice
cualquier pobre alucinado
de la vida en los albores,

y se afana sin descanso
por adquirir y encumbrarse
y ser todo un potentado,
aunque para conseguirlo
sufran serios descalabros
varios seres infelices
que se entregan confiados
á un astuto explotador
que medra con el engaño.
Si le dices al magnate
que explota al género humano,
que porqué ambiciona más
cuando es archimillonario,
te dirá que lo hace sólo
«con el propósito santo
de ayudar á nuestros prójimos.»
¡Es el colmo del sarcasmo!
¡Él ayudar á sus prójimos,
después que los ha dejado
como al gallo de Morón...
sin vestidos y llorando!
Pero al ver que á la opulencia
todo está supeditado,
«Yo seré rico,» decimos,
y todos nos afanamos
por adquirir, por medrar
y por ser acaudalados.
Por la senda del deber,
la rectitud y el trabajo,
sin valernos de la usura
ni de medios reprobados,
llegaremos á la meta
de nuestros sueños dorados.

—

Trabajando asiduamente
día y noche sin descanso,
nuestros desvelos por fin
se encuentran recompensados.
Ricos, riquísimos somos
de la vida en el ocaso:
en penas, remordimientos,
achaques y desengaños.

VICENTE R. JORDÁN.

La Plata, Mayo de 1894.

LA HIJA DEL BOTICARIO



—¿Quiere usted á mi hija Cleta
por esposa?
—¡De amor lleno!
—Pues perdone: es *un veneno*
y no la doy sin *receta*.

DIA DE PRIMAVERA

De la arboleda hojosa en la espesura
blando suspira el viento entre el ramaje,
y los pájaros lucen su plumaje
cantando sus endechas de ternura.
Su monólogo eterno el mar murmura
balanceándose en lánguido oleaje,
y tiende de su espuma el blanco encaje
de sus orillas en la roca obscura.
Las flores se abren frescas y rientes
derramando su esencia embriagadora;
la nube, de matices relucientes,
en el azul del cielo se colora;
y magnífico el sol lanza á torrentes
los rayos de su luz deslumbradora.

NIEVES XENES.

Santiago de Chile, 1894.

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Mariano A. Pelliza

DISTINGUIDO HISTORIADOR ARGENTINO

ROSAS, POETA

Al escribir mi libro *La dictadura de Rosas*, tuve ocasión de conocer anécdotas curiosísimas del célebre tirano, que en realidad no cabían en aquel trabajo, pero sí vale la pena de salvar alguna de ellas del olvido.

En los últimos tiempos de su dictadura no confiaba á nadie la dirección de la *Gaceta*, órgano principal de su política, y en la censura de cuanto se mandaba al diario para publicar escudriñaba hasta la sección de poesías, haciendo leer las odas destinadas á esmaltar sus hechos brillantes, lo mismo que los madrigales amorosos y las décimas gauchescas, donde á la usanza criolla se satirizaban las ridiculeces del «loco traidor,» como familiarmente se llamaba á Urquiza en la casa.

En el más largo de los salones de Palermo, en prolongada mesa atestada de papeles y rodeada de escribientes, se examinaban los manuscritos destinados á la *Gaceta*. Cada escribiente tenía á su cargo una sección del diario. Rosas, paseándose con las manos agarradas á la espalda, iba de uno en uno pidiendo la lectura de los artículos políticos, comerciales, sesión de la Cámara, papeles extranjeros, revista de modas, noticias del interior y de los salvajes unitarios, y, finalmente, la sección de poesías, que reservaba siempre para postre.

Dábale á esta última preferente atención, haciendo en los trabajos, originales ó no de los poetas noveles, abundantes correcciones y á veces cambios tan fundamentales que daban al traste con el sentido y la rima de no pocas estrofas.

Asistimos con el lector en este momento á una de las escenas que diariamente se repetían en el salón de censura.

No nombraré al poeta, pero sí al escribiente, que era el inteligente y bondadoso Osvaldo Saavedra, que desempeñó en época posterior el empleo de tesorero de la Policía de Buenos Aires.

—¿Hay poesías? preguntó Rosas.

—Sí, señor; hay dos.

—¿Son largas?

—Esta es larga; es una oda dedicada á vuecencia.

—¿Quién la firma?

—Es del doctor N. N.

—¡Ah! Sí, ya me había hablado Manuelita. Lea, á ver qué dice.

—«El mundo te venera
y el argentino sabe que en tus manos
flameará victoriosa su bandera.»

—¿Cómo dijo?

—«Flameará victoriosa su bandera.»

—Póngale «estandarte.»

Al oir semejante corrección, Saavedra se mordió los labios y quiso continuar; pero Rosas, atajándole la palabra con un gesto de vinagre, le impuso silencio y le mandó repetir la lectura.

—«El mundo te venera
y el argentino sabe que en tus manos
flameará victoriosa su bandera.»

—Le he mandado poner estandarte, gritó Rosas, adicionando su frase con el primo de la cebolla.

—Excelentísimo señor, dijo todo trémulo el escribiente, ¡como *bandera* es consonante de *venera!*...

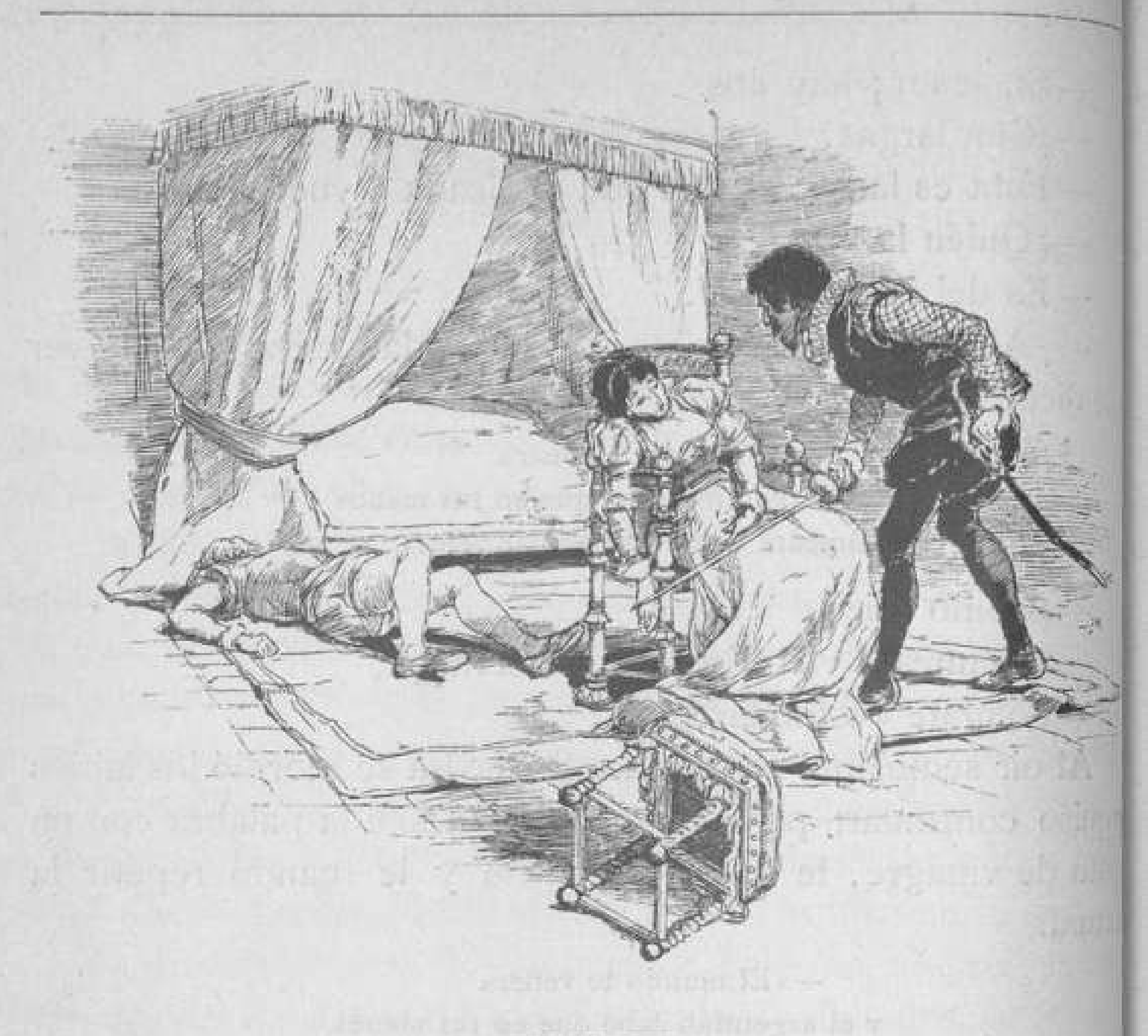
—¡Qué sabe usted de *veneras* ni de *banderas!* ponga *estandarte* y cállese la boca.

MARIANO A. PELLIZA.

Buenos Aires, Marzo de 1894.

EPIGRAMA

—Para lógica, la Iglesia,
un devoto me decía
el martes de Carnaval,
al ver en plática íntima
con Juan, que es un calavera,
á una hermosa mascarita:
Después de un martes *de fuego*,
un miércoles *de ceniza*.



AMINTA

(BOCETO DRAMÁTICO)

Al eminente poeta americano

D. NUMA POMPILIO LLONA

¡Qué cuadro terrible aquél!
En el suelo, ensangrentada,
cual fresca rosa tronchada,
Aminta de Pimentel.
Con demudado semblante,
cerca de Aminta, el marido,
y sobre la alfombra, herido,
lejos del grupo, el amante.
Del día la luz hermosa,
ya el cielo sin una estrella,
bañaba la estancia aquella
de resplandores de rosa,
como si, roto el capuz

de la noche, al torvo Otelo
quisiera, piadoso, el cielo
cegar con rayos de luz.
Pero aunque, de rabia mudo,
mira el esposo ultrajado
de Aminta en sangre manchado
el blanco seno desnudo,
de que ceda en su furor
ni un solo signo se advierte,
hasta vengar con la muerte
los agravios de su honor.
—Vén... acércate... yo espiro ..
dijo Aminta, con acento
que sonó en el aposento
como el eco de un suspiro.
—Perjura fuiste ante el ara
y en vano perdón esperas...
¡ah! ¡mil vidas que tuvieras,
mil vidas hoy te arrancara!
—¿Que fuí perjura?... ¡eso no!
mal comprendes mis anhelos;
celos tú me diste... y celos
he querido darte yo.
—La que es honrada y constante,
sucumbe á su desventura..
¡sólo se venga la impura
en los brazos de un amante!
—Tú me espiabas... lo sabía,
y ansiando, por un momento,
que sufrieras el tormento
que mi corazón sufría...
—¡De las sombras á favor
y acaso sin vacilar,
abriste de par en par
la ventana al deshonor!
¡Ah! ¡lo sé! ¡y pues mi honra infamas,
jamás esperes de mí
ni compasión para tí
ni para el hombre á quien amas!
Sonrió Aminta á los enojos
del marido... estremecióse
y para siempre apagóse
la clara luz de sus ojos.
—¡Muerta! rugió delirante
el esposo mancillado,
y volviéndose irritado
contra el infeliz amante,

dispuesto á herirle de nuevo...
vió, del día á la luz bella,
que era Rosa, la doncella,
disfrazada de mancebo.

CASIMIRO PRIETO.



LA ÚLTIMA ROSA

Ya marchitas cubrieron la pradera
las flores que á tu lado alzarse viste;
y tú brillas aún, rosa postrera,
última flor de Mayo, sola y triste!

¿Qué te importan del aura los rumores,
ni el revolar del pájaro cantando,
si solitaria estás con tus dolores,
última flor de Mayo, agonizando?

¡Es tan triste vivir cuando á la huesa
nos arrastra mortal melancolía,
y llora con tu duelo el alma opresa,
última flor de Mayo, su alegría!...

De tu dolor es mi dolor hermano:
como tú sobre el tallo doblegada,
así vive mi alma, y vive en vano,
última flor de Mayo, prosternada.

Allá en el cementerio, silenciosa,
del fruto de mi amor la tumba existe:
en ella te pondré, postrera rosa,
última flor de Mayo, sola y triste.

JULIO CALCAÑO.

MUJER DE ARTISTA

Era más de media noche, mucho más. En las calles no se oía ruido alguno, la casa estaba profundamente silenciosa. Sólo de vez en cuando el rodar de un carruaje sobre el empedrado. Frío agudo, cielo azul profundo en que las estrellas titilaban incansables...

Él, en su cuarto, la miraba dormir, tranquila, en el lecho caliente, allí donde no alcanzaba la luz de la lámpara reflejada con fuerza por la pantalla sobre un montón de papeles en el escritorio revuelto.

Se había detenido porque le dolía la mano de hacer correr la pluma durante tantas horas, sin descanso, y porque sus ojos fatigados duplicaban las líneas de lo escrito é interponían una niebla vaga é impenetrable entre él y los papeles garabateados. Pero notando que el sueño le vencía, y que la cabeza pesada iba á caer sobre su pecho, se levantó y se lavó con agua helada, largamente, hasta tiritar en la habitación tibia por el encerramiento y el humo de su cigarro, sustituído sin intervalo alguno.

El ruido inusitado que hizo no la despertó. Él volvió á la mesa y se puso á escribir, febril, con los ojos bien cerca del papel; y los renglones brotaban de su pluma uno tras otro, con rapidez vertiginosa, mientras la mano izquierda, apoyada sobre el margen de la hoja, le temblaba nerviosamente.

—

De pronto se interrumpió. No podía más. El estómago le gritaba implacable; su cerebro espeso se negaba á producir una sola idea; la mano, entumecida, no podía continuar sosteniendo la pluma; la luz de la lámpara le parecía menos intensa cada vez, el cuarto más frío, la tarea más penosa, más imposible de terminar.

Al retirarse de su trabajo se le había encomendado esa monografía «para el día siguiente bien temprano,» sin fijarse

en su extensión, sin tener en cuenta que ni trabajando la noche entera, descansado y no después de tantos días de fatiga, era materialmente imposible que la concluyese.

—¡Oh! pensaba, ¡escribir, siempre escribir, sin tregua, sin descanso, como máquina de acero, para lograr apenas con qué sostenerme, con qué sostenerla!

Y recordaba su vida, tantos años atado á la mesa de las redacciones, enclavado frente á su escritorio en su casa, brotando carillas y carillas que se convertían en arroyo, en río, en mar, en océano de papeles escritos, mal ó bien, con el alma primero, con la cabeza después, con la mano ahora que la miseria le tenía en continua zozobra, rotas sus ilusiones, desvanecidas sus esperanzas, convencido de que todos los caminos se cerraban para él...

Se levantó en un rapto de ira.

—¡No trabajo más! ¡A la buena de Dios! exclamó.

Tambaleando como un ebrio se acercó al lecho en que dormía su esposa, y apoyándose en el borde la dió un beso en la frente. Ella despertó, por la sensación eléctrica que las caricias de su esposo producían en su alma, más que por haberlo sentido materialmente.

—¿Ya terminaste? preguntó con dulzura. ¡Pobrecito! ¡Cuánto trabajas!

—No, no he terminado. No puedo más. No siento la pluma entre los dedos, no puedo pensar. ¡Estoy muerto!

—Acuéstate, murmuró ella. Mañana terminarás.

Había en sus palabras todo un cántico de amor, y sin embargo, sabía que no concluir aquel trabajo era condenarse á muchos días, quizás meses de inacción, y por lo tanto de miseria y sufrimientos. Vendrían las dificultades con el casero ya agrio y exigente; con los proveedores, con todo el mundo. El martirio de tantos años recrudecido otra vez más. Él lo pensó, y su decisión se desvaneció, ahuyentados por el amargo remordimiento de aquella vida de sacrificio que no era suya, y que por su culpa era así.

—No, no me acostaré. Voy á terminar pronto.

Ella le echó al cuello los bracitos blancos, desnudos, y

incorporó en el lecho, y le besó en la boca apasionadamente, sin decir palabra. Él volvió al trabajo, y dos lágrimas le rodaron por las mejillas apenas inclinó la cabeza sobre el papel. Un ruido leve llamó su atención. Volvió la cabeza y vió á su mujer que se levantaba á toda prisa, con los ojos enrojecidos aún de sueño.

—¿Qué haces?

—¿No ves? Me levanto para acompañarte. Voy á hacer té, y verás qué pronto *concluimos*.

—¡Qué locura! ¡Acuéstate! Te vas á resfriar.

Ya vestida se acercó sonriendo, besóle de nuevo en la frente, de que había desaparecido la arruga fatal de la desesperación, y se puso á hacer té...

Él siguió trabajando, trabajando casi con entusiasmo, y cuando María le trajo la taza llena del hirviente brebaje, pasóle el brazo izquierdo por el talle, la oprimió sobre su corazón, y continuó escribiendo, con el cerebro claro, la mano firme, ancho el pecho, cantándole en lo interior no sé qué divina canción que le infundía fuerzas y contento.

Y así estaban los dos, de nuevo, cuando la gran ciudad, indiferente á todos los padecimientos, á todas las miserias, á todas las luchas, á todos los dramas, comenzó á despertarse bulliciosa, envuelta en su manto de neblina y en medio de la claridad lechosa de las mañanas de invierno...

. . . .

¡Oh mujeres de artistas, mártires desconocidos, que tanta y tan noble parte tenéis en la obra de vuestros esposos; musas inspiradoras ayer, sacerdotisas de consuelo hoy, ángeles de intensa caridad mañana; vosotras cuyo sacrificio de todos los días es ignorado, porque es santo y lleno de abnegación! ¿no tendréis nunca quién os cante? ¿no alcanzaréis jamás la gloria que os toca en el triunfo, la bendición que merecéis en la derrota?

No, porque hacéis el don de vuestro ser entero, y porque vuestra historia es como esta que acabo de contar, sencilla y sin detalles, desnuda del externo aparato que atrae la vista y hiere la imaginación; porque la María de mi relato, no da

tema para una novela ni para un cuento, pues su vida es siempre igual, modesta y pura, sin ostentación ni acciones ruidosas...

Pero si ellos no os cantan, permitid que yo os bendiga, yo que he alcanzado á comprender lo que vale en el instante del desaliento y la desesperanza, una palabra, una sola de vuestros labios nunca abiertos á la protesta, siempre prontos á la frase de consuelo.

ROBERTO J. PAYRÓ.

Buenos Aires, Junio de 1894.

MISTERIO

Sobre el viejo muro cubierto de hiedra,
do un tiempo brillara majestuosa, fatua,
se alza la musgosa, carcomida piedra
de la que fué un día magnífica estatua.
Yacen por el suelo los marmóreos brazos
que rompiera el hacha de rudo labriego.
Del rostro por tierra se ven los pedazos
del divino rostro de contorno griego.
Cuelga de sus negros, torneados hombros,
el manto de musgo perlado de lluvia,
que de las rüinas cubre los escombros
y abrillanta Febo con su lumbre rubia.
Las enredaderas brotan de las grietas
cubriendo las gracias de su pie divino;
en su torno giran alegres é inquietas
mariposas de alas rojas como el vino.
De entre los ramajes emerge la risa
cuando se entreabren los rosados picos
y al redor del mármol retoza la brisa
con el rumoreo de mil abanicos...
—¿Por qué entre las ruinas vive la alegría?
me dije pensando con honda tristeza;
y el sol, que en ocaso con temor hundía
orlada de fuego la enorme cabeza,
entre los ramajes que enredan el muro
y las tumbas cubren en el cementerio,
de una enorme grieta dentro el fondo obscuro,
mostrándome un nido, descubrió el misterio!...

LEÓN A. SOTO.

Panamá, 1894.



LA HIJA DE LAS FLORES

(Á CLARITA G.)

Era, en belleza sin par,
para el griego soñador,
hija la diosa de amor
de las espumas del mar.
Que nazca del agua el fuego
es ocurrencia graciosa;
así, en tal madre, á la diosa
dió el griego un presente griego.
Por lo de la sal, tal cual
la pintó naturaleza,
copió el griego á la belleza;
que no hay belleza sin sal.
Con el regio señorío
que el mar en sus ondas tiene,
también el amor se aviene...
profundo, inmenso, bravío.
Si más símiles intentas,
este último se concibe;
de tormentas el mar vive,
y no hay amor sin tormentas.

Mas desde aquí, no presuma
el buen griego de acertar:
Venus no pudo sacar
luz y calor de la espuma.
Ni el matiz que centellea,
ni el perfume de su aliento,
ni el airoso movimiento
que el regio talle cimbrea.
Del mar la diosa tomó
lo que es del mar: helo aquí:
la fuerza y perfidia, sí:
la gracia y dulzura, no.
Por los gentiles primores
del matiz y del aroma,
alma y vida el amor toma
no en las ondas, sí en las flores.
De Grecia rico atavío,
pompa en el suelo español,
besos de rayos de sol
y de gotas de rocío;
lágrimas que bebe el suelo
y se convierten en galas:
perlas que caen de las alas
de los ángeles del cielo.
La helénica poesía
erró el símil, dulce Clara...
si hoy ella te contemplara,
de fijo la enmendaría.
Que en tus ojos al mirar
á un tiempo dulzura y fuego,
si el que pintó el amor ciego
bien lo ha sabido pintar,
viendo anidarse en tus labios
sonrisa, aroma y color,
viera que infirió al amor
el mayor de los agravios.
Que los gentiles primores
de matiz, fuego y aroma,
Clara, en tus labios los toma;
vale decir, en las flores
Y ese dulce movimiento
medido, gracioso, leve,
que apenas la flor se atreve
á tomar, cuando, sediento
de amor, el céfiro blando,
al alba despierto ya,
con húmedo labio va

una tras otra besando,
es el mismo con que sabe
erguirse tu talle airoso,
como el del mar cadencioso;
mas siempre igual, siempre suave.
Que en todo tu ser presiente
amar, en dulce batalla,
sí la fuerza que avasalla,
no la perfidia que miente.
Fuerte el mar en sus arrojos
es pérfido en sus furores;
pero no lo son las flores,
ni son pérfidos tus ojos.
Si á veces suelen matar
las flores también, advierte
que ellas sólo dan la muerte
al que la quiere buscar.
En esencia destructora
cambiando la esencia grata,
también la belleza mata
al que sin virtud la adora.
Mas yo busco en el amor
no el veneno, sí la esencia;
busco la muerte á conciencia...
la muerte de mi dolor.
Que para el alma rendida
y de sucumbir á punto,
virtud y belleza junto
son fuerza, calor y vida.
Y ya que por los primores
de tu ser encantador,
cual la diosa del amor
eres hija de las flores,
si un día con ansiedad
te pide, acaso, un doliente
aroma para su ambiente,
luz para su obscuridad,
sé el ángel de su ventura...
tiéndele amiga la mano,
que es el amor soberano
á un tiempo fuerza y ternura.
De hechizos suaves tesoro,
tu sonrisa le enloquezca,
cuando decirte merezca:
—Clara del alma, *¡te adoro!*
Te lo aconseja un maestro
del sufrir en el oficio,

si en alegrías novicio,
en pesadumbres muy diestro.

CARLOS M. DE EGÓZCUE.

Buenos Aires, Abril de 1893

ASPIRACIÓN

Idëales supremos,
vuestra imagen no se halla en el tumulto
de inquieta gente y populosas calles;
no se halla en las paradas de teatro
ni en la algazara de sociales fiestas.
No está en el Club, vorágine ruidosa,
de malévolos odios, siempre activa,
siempre henchidos de náufragos sus bordes.
No está allí en los comicios, puerta falsa
que abre la astucia y la ambición fractura
y en cuyo umbral expía
codicia hambrienta ó torpe tiranía!

Supremos idëales,
tenéis otra morada y con vosotros
más goce intelectual! En otros sitios
vuestra imagen admiro acompañada
de astros eternos y vivaces luces!...
Cuando cae la tarde y en las cimas
de los Andes, los últimos reflejos
del sol, pintan las nubes y en las rocas
esculpen y cincelan formas varias;
con qué deleite fijo mis pupilas
y en ellas reflejada vuestra imagen
con sus líneas bellísimas contemplo!
y sigo con los ojos
formas aéreas y celajes rojos!

Son esas solitarias
inmensidades, consteladas de astros,
tachonadas de mundos invisibles;
son ecos infinitos misteriosos
los que atraen mi espíritu y lo llevan
con fantásticas alas á su altura.
Y sin miedo, sin dudas ni zozobras
por espacios y nébulas y abismos
sigo vagando, espíritu insaciable,
que quisiera, en su anhelo,
poseer la tierra y abarcar el cielo!

GUILLERMO MATTA.

Santiago de Chile.



D. Angel Della Valle

DISTINGUIDO PINTOR ARGENTINO

EL ARTE EN AMÉRICA

DELLA VALLE

La copiosa producción natural enriquece á los pueblo pero no los ilustra. Sólo las bellas artes tienen el privileg de elevar la inteligencia y propagar el buen gusto. La pint es uno de los primeros agentes de cultura; ella nos da ide de relación entre el mundo moral y el físico; nos enseña an tomía, y lógica en el pensamiento y las agrupaciones, al pe petuar en el lienzo hombres y hechos, con su filiación indi dual. El arte pictórico es la historia de los estados social del mundo. Sin el pincel careceríamos del conocimiento gr fico de la mayor parte de las evoluciones de la civilizaci

El género pictórico de mayor trascendencia es el de c tumbres, por ser á la vez historia, descripción y filoso Della Valle cultiva la pintura de costumbres.

Sus dramas son generalmente campestres, y en el estu de la naturaleza viva no es posible superarle.

En los cuadros intitulados: «El malón,» premiado en Exposición de Chicago, y «Corrida de sortija,» nos parece hablar á los jinetes y ver escarcear á los caballos. El ros de los hombres nos revela el pensamiento que los anima en la postura de los cuadrúpedos podemos apreciar cla mente sus cualidades.

Della Valle es clásico en el contorno de las figuras, real en los tonos y la distribución y poético en la parte imag tiva. Hay en sus obras la transparencia colorista de un es nuevo y la luz suave del hemisferio occidental, sin descu nunca el *secreto de la línea* y las seducciones de la persp tiva que sorprendió en las obras de los próceres de la pin durante los años que los estudió en Italia.

Hoy, que apenas cuenta treinta y nueve años, es uno los primeros pintores americanos. Y esto lo debe únicam



EL MALÓN

Copia de un cuadro del distinguido pintor argentino don Angel Della Valle

á su talento y á los sacrificios pecuniarios de su familia, pu no obstante los méritos que demostró desde estudiante, nun fué pensionado nacional...

Entretanto, con artistas como Della Valle es que se com prueban los brillantes albores de la pintura americana, y refinado gusto estético de pueblos que sólo cuentan ochent años de propia soberanía.

Como uno de los más altos representantes del arte de es jóvenes pueblos, el ALMANAQUE SUD-AMERICANO presenta retrato de este ilustre porteño, gloria de su patria y orgull de sus amigos.

M. BAHAMONDE.

Buenos Aires, Junio de 1894.

SPORT

Tendida al viento la flotante cola,
que ondula como hermosa banderola
de la llanura verde en los confines;
suelta la negra lluvia de las crines,
el fino potro de soberbia estampa,
braceando avanza por la extensa pampa.

Es de negro color, el ojo vivo,
el cuello arqueado, el continente altivo,
fina la oreja que apuntada arranca,
el pecho fuerte y poderosa el anca;
el vasto espacio traspasar anhela,
mordido por el diente de la espuela.

Dócilmente á la rienda se abandona,
que rige una hermosísima amazona;
las anchas fauces con placer dilata
y no hay poder que su pujanza abata...
Por la impasible inmensidad del cielo
la tarde tiende su dorado velo.

A lo lejos se ven los limonares
empapados en lluvia de azahares;
se respira un ambiente embalsamado:
todo es quietud en monte y valle y prado,
y en el confín, que su inquietud alarga,
piérdese el potro con su dulce carga.

VICENTE ACOSTA.

Guatemala, 1894.

Contrastes

POR

APELES MESTRES

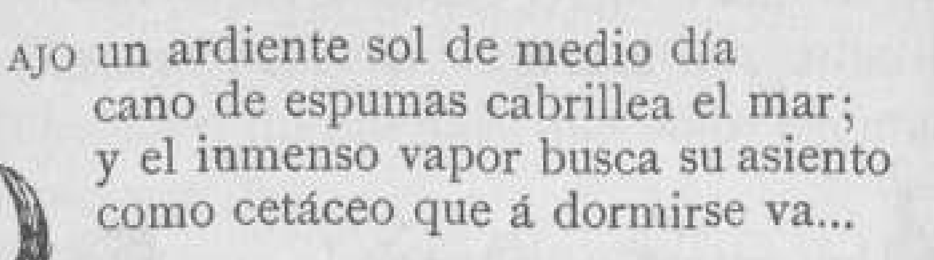


La Salud



La Enfermedad

COLORES



BAJO un ardiente sol de medio día
cano de espumas cabrillea el mar;
y el inmenso vapor busca su asiento
como cetáceo que á dormirse va...

—

Las amarillas puntas de las rocas
á cuyos pies la población se ve,
dominan de la escuálida comarca
la bochornosa y áspera aridez.

—

Como silbe el vapor, diez barquichuelos
la playa en un instante desprendió;
y, por do el mar se estrella más violento,
salen volando en ímpetu veloz.

—

Ora son leños que á la espuma pálida
en dos mitades tratan de partir...
Ora se acercan... y creciendo... rompen
en gama inquieta de colores mil...

—

Los rotos trajes que arrojó el viajero
y el mar viscoso revistió en betún,
ora negros, verdosos, azulados,
muestran las carnes á la ardiente luz.

—

Bajo sus tintas los bronceados pechos
de los barqueros que retuesta el sol
jadear se ven, al provocar con fuerzas
del largo remo la vivaz tracción.

—

Y, como insectos que la carne asaltan,
los esquifes—hirviente colmenar—
casi se estrellan contra el barco impávido
que guarda su soberbia majestad.

—

Turban del agua los reflejos rojos
del casco y su ancha faja de carmín,
volviéndolos sangrientas cuchilladas
sobre la piel movible de zafir.

—

Y con mil gritos guturales piden
una moneda... Sobre el agua azul

la pieza choca... se desvisten todos...
y brilla el cuadro á la chispeante luz!

—

Uno, tres, diez, al mar se precipitan,
que turban con inquieto revolver...
Luego aparecen... la cabeza enjugan...
y sus barcos recobran á la vez.

—

Mas cuando ya, tornados casi todos,
el lomo aquieta el rebruñido mar,
de allá de lo hondo, junto al casco inmenso,
carnosa mancha apareciendo va...

—

Surge, de pronto, floreciendo el agua,
el bronceado cuerpo de carbón:
luciendo el oro en la retinta mano,
los blancos dientes esplendiendo al sol!

—

Fijos los ojos en la borda altísima
ríe y se agita en contorsiones mil,
el suelto cuerpo revolviendo en la onda
con los flexibles dengues de un delfín.

—

Y es bello entonces el salvaje anfibio
encuadrado en la escena de aridez,
bajo esa luz, que con el agua, pule,
del liso cuerpo la tostada piel!

Francisco Soto y Calvo.

San Vicente, Febrero, 1894.

LEY SABIA

—¿Que infamo tu nombre? ¡sea!
tú amas á otra, y, ¿qué he de hacer?
¿ó es que para la mujer
sólo hay piedras en Judea?
¡Dura ley!
—Que pisotea
la que se olvida de Dios.
Si de otra mujer en pos,
cual delinques, delinquí,
yo no te he infamado á tí
y tú infamas á los dos.

Casimiro Prieto.

MAMA DOLORES

(INÉDITO)

El día que cumplí seis años fué para mí de duelo. Anunciáronme que era necesario abandonar mi vida agreste, libre como los vientos, y cambiar los inmensos horizontes en que la pasaba, por el estrecho recinto de un colegio dirigido por monjas!

¿Qué iba á ser de mí, pobre gacela acostumbrada á vagar saltando de las selvas á los prados?

¿Qué iba á ser de mí entre aquellas figuras severas é impasibles, cuyo principal conato sería ahogar mi querida turbulencia é imponerme su propia inmovilidad?

—¡Adiós! decía yo, con el corazón desolado, á lo largo de las colinas, en las orillas del arroyo y en los campos esmaltados con millares de flores; adiós, sitios queridos que es preciso dejar; ¡adiós! me llevan lejos, muy lejos; pero mi alma vendrá siempre á llorar errante bajo las sombras de vuestros frondosos árboles...

¡Adiós, mi lindo caballo! ¿quién te dará en adelante pan y azúcar en las palmas de las manos?... y tú, mi ligero avestruz, que llevándome sobre tus alas, corrías desafiando en velocidad á los vientos, abandona estos lugares donde en vano me buscarás y vuelve á reunirte á los tuyos en las llanuras de Valbuena...

Hicieron venir de Salta á mama Dolores para que me llevara. Era ésta una hermana natural de mi abuelo; pero más lo parecía de Luis XIV; tal era su orgullo y la aristocrática arrogancia de su porte. Alta y seca, persona de cincuenta años, de ojos pardos, abultados y saltones, de grande y corta nariz á la que se adhería, por medio de un profundo canalete que hendía su labio superior, una boca á la vez severa y desdeñosa. Su rostro moreno, bilioso, se coloreaba en

frecuentes accesos de ira con tintes purpúreos que iluminaban sus duras facciones con un resplandor siniestro.

Nunca ví mirada de desprecio parecida á la suya; y todo cuanto Homero dice de la cólera de Júpiter, era nada comparado con la cólera de mama Dolores. ¡Ay de aquél á quien ella aborrecía! pero ¡ay también de aquél á quien amaba!

Su cariño era una punta acerada que hería sin descanso, á toda hora, á todo propósito, á quien lo había inspirado; podía con razón decir que se hallaba poseído del demonio, de un demonio para el cual no había exorcismos que valieran: mama Dolores aborrecía y amaba hasta la muerte.



Decíase que había sido una de las jóvenes más lindas y amables de su tiempo; pero su natural acritud había borrado de tal manera en ella la benevolencia, esa base de toda gracia en la mujer, que no sólo me era imposible creer que había sido linda, sino que aún dudé mucho tiempo que hubiera sido joven.

Esta terrible persona llegó en fin con majestuoso aparato.

A su arribo, fué investida de facultades extraordinarias sobre mí, el más indómito de los indómitos hijos de los bosques. Pero ella estaba tan segura de sí misma, que no vió en su misión la menor dificultad; descansó tres días, y al cuarto volvió á entrar en el coche llevándome en pos de sí

como un pobre corderillo; hízome sentar á su lado, cerró despiadadamente la portezuela en los ojos llorosos de las criadas que se habían agrupado en torno mío, y dió con tono áspero la orden de partir.

El camino que llevábamos costeaba las colinas, atravesaba los mistolares, vadeaba el río, esos sitios donde mi vida se había deslizado aérea, como el vuelo del ave; y mientras lloraba amargamente contemplando al través de una nube de lágrimas esos escenarios de mi felicidad pasada, mi compañera me decía con voz agria:

—¿Por qué lloras tanto, niña? ¿Te llevan á algún presidio? Vas á un colegio, donde se hallan muy contentas cien otras como tú. Ya es tiempo de estudiar. ¿Querías pasar la vida entre los guanacos?

Nada más lógico que estas reflexiones, pero no es con lógica que se enjugan las lágrimas. Así, lejos de consolarme, mama Dolores exasperó mi dolor hasta convertirlo en un profundo aborrecimiento.

Dediquéme desde entonces á hacerla rabiar y esto me sirvió de distracción. No perdí ocasión de contrariarla. Ya me sentaba sobre sus vestidos, que llevaba siempre muy almidonados, y los ajaba; ya me apoyaba contra el bolsillo del coche, donde guardaba ella los libros, y quebraba sus anteojos; ya, fingiéndome impelida por los vaivenes del carruaje, me arrojaba sobre ella á riesgo de romperme la cabeza contra su grande nariz.

Un día que nos detuvimos para almorzar á la sombra de un bosquecillo, mama Dolores, después de recomendarme que no me alejara de su lado, recostóse sobre el césped y se quedó dormida.

Por mucho deseo que yo tuviera de hacer una pequeña correría en aquellos sitios desconocidos, no me atreví á desobedecerla, porque su mal humor después del sueño era terrible. Quedéme allí, siguiendo con triste mirada la marcha de una larga hilera de hormigas que cargadas de botín entraban en su morada.

De repente mis ojos se fijaron con interés en la superficie

del hormiguero. Cubríala una arcilla obscura mezclada de madera pulverizada, enteramente semejante al rapé que usaba mama Dolores. Desvié mis ojos del hormiguero para volverlos hacia aquélla. Dormía profundamente con su caja de tabaco al lado. La tentación era muy poderosa para que yo pudiera resistirla. Alcéme sobre las puntas de mis borceguíes, y llegando así hasta la almohada donde reposaba la terrífica cabeza, tomé con mano resuelta la caja, vacié el tabaco que contenía, llenéla rápidamente de la consabida tierra, y la devolví al lado de su formidable dueña. No de allí á mucho, el bramido de una vaca despertó á mama Dolo-



res, que, como acontece siempre, lejos de presentir mi criminal travesura, nunca estuvo tan amable ni tan contenta de mí. Sonrióme con gracia, al encontrarme en el mismo sitio, y abriendo con garbo su caja de tabaco, sorbió tranquilamente con asombro mío una gran dedada de tierra del hormiguero.

Su nariz adobada con rapé durante cuarenta años, se había vuelto poco susceptible en achaques de olfato, y repitió una y otra vez sorbos de tierra, hasta darme un remordimiento profundo que me hizo arrebatarle la caja de la mano y vaciarla por la portezuela del carruaje, confesando mi travesura.

Acontecióme entonces, lo que todas las veces que me he

abandonado á un sentimiento generoso: mama Dolores no creyó mi primera falta para dar todo su valor á la segunda, y ensañándose por mi crimen de lesa percepción nasal, me llenó de injurias y estuvo tres días sin hablarme...

Entretanto llegamos á Salta.

Los cuidados que mi compañera me prodigaba eran tan punzantes y fatigosos, que pedí con instancia entrar inmediatamente en el colegio para separarme de ella...

¡Pobre mama Dolores! ¡cuántas veces, después que he conocido el mundo, su helada indiferencia ó su interesado amor, cuántas veces he echado de menos tu espinoso, pero sincero cariño! ¡Cuántas veces me he reprochado amargamente el haber retrocedido ante la corteza de hierro que encerraba tu alma noble y generosa!

Juana Manuela Gorriti.

AL SOL

SONETO

Desciendes. En alígeros corceles
como espesos, compactos batallones,
te siguen de las nubes las legiones
entre chispas de lanzas y broqueles.

Cunden las sombras; los afanes crueles
se ceban en los yertos corazones,
desmayan en el labio las canciones
y sólo el trovador sueña en laureles.

No abdiques, Sol, la gloria de tu imperio;
Astro, no veles tu triunfal decoro,
ni sepultes en sombra un hemisferio;

no dés hora propicia al flébil lloro
de la noche en el triste cautiverio...
¡Luce, guerrero y rey, tu casco de oro!

Alfredo de Zuviría.

Buenos Aires, 1894.

BELLEZAS AMERICANAS



LIMEÑAS

¿POR QUÉ ESTÁS TRISTE?

A UNA AMIGA

Yo sé que en tu retiro
en la nocturna calma,
tu generoso corazón desborda
en mar azul de lágrimas.

El secreto revela;
dí que lloras porque amas;
es el amor poema de los cielos;
lo sabe quien tiene alma.

Dichosa tú que sientes
más viva á la distancia
esa dulce emoción que te sublima
y en un ángel te cambia.

Dichosa tú que sabes
que también te idolatra,
y que al llorar refrescas y perfumas
la flor de la esperanza.

Y triste del que llora,
porque ya nada aguarda
y lleva el corazón dentro del pecho
como pesada carga.

Amiga, no te quejes,
tu sufrir no quebranta;
cuando tú ruegas al Eterno, sube
al cielo otra plegaria.

Es la del ser querido
que la tuya acompaña;
atraviesan la noche de la ausencia
y suspiran y se hablan.

Hay, en cambio, quién tiene
tan sólo una mortaja
que envuelve su cadáver, sepultado
en la tumba de un alma.

Allí no hay quién derrame
por él sentidas lágrimas;

no hay una pobre ofrenda á su memoria;
allí todo... es la nada!

El olvido es la muerte,
la ausencia es la esperanza;
¡feliz de tí, que tienes en el mundo
quién te recuerda y ama!

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo, 1894.

EN PRIMAVERA

(DE FEDERICO BODENSTEDT)

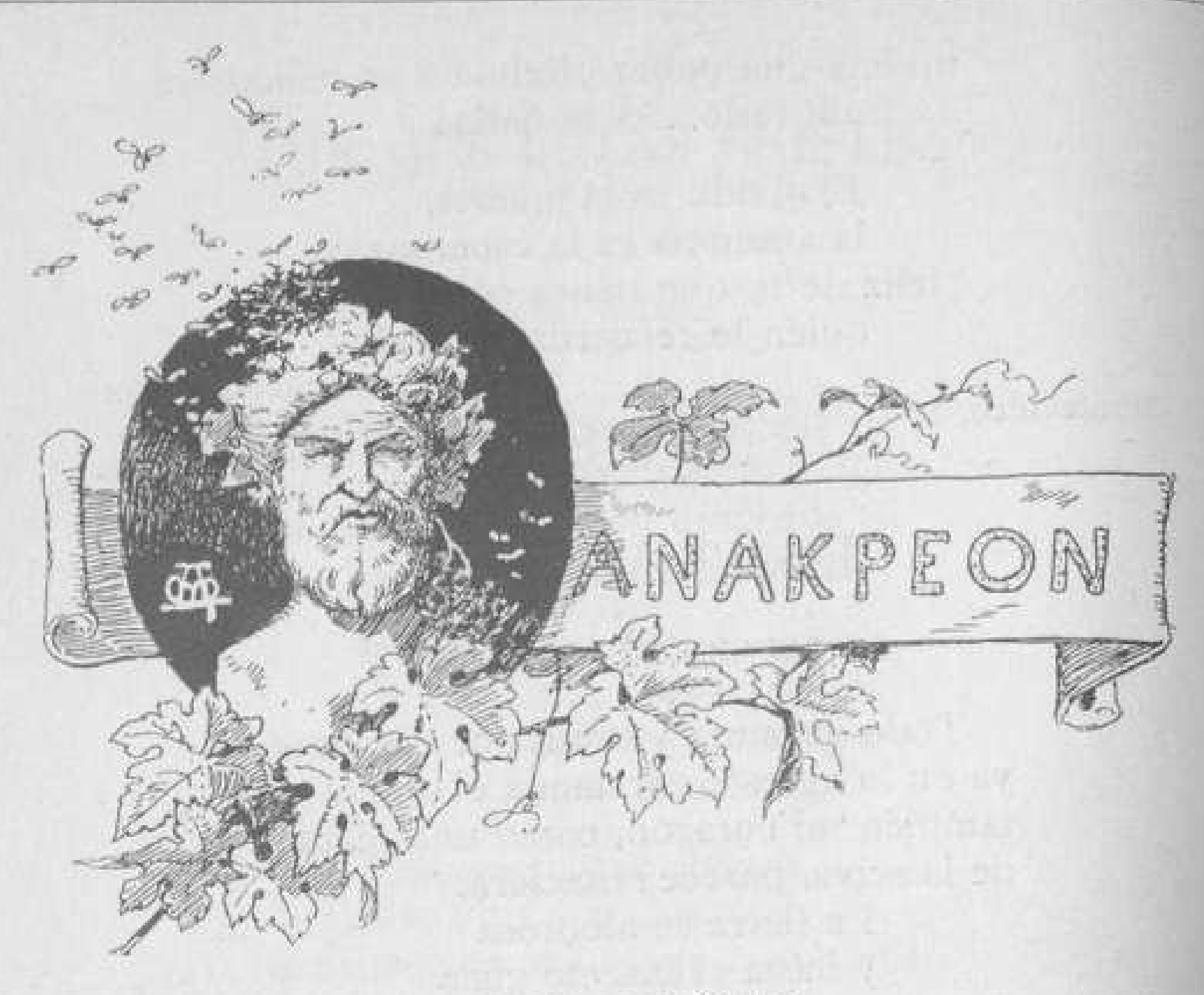
Todo germina y brota por doquiera;
ya en la agreste enramada el zorzal canta,
también mi corazón, como una planta
de la selva, parece renaciera.
La tierra se alboroza
y hasta el insecto goza
de esta mudanza que al amor convida
entusiasta y profundo:
que, á pesar de las penas de la vida,
¡bello y grato es el mundo!

Una mujer, ajada su hermosura
ya por los años, cruza el verde prado,
su antes negro cabello ve hoy plateado,
y, recordando su niñez, murmura:
—Las aves nuevamente
á la estación riente,
sin reparar del tiempo en los rigores,
cantan himno jocundo;
mas, aunque huyan de mi tez las flores,
¡bello y grato es el mundo!

Cayó del árbol una flor marchita;
cerró un anciano los cansados ojos;
llevando al cementerio sus despojos
triste cortejo la ciudad transita:
por sendas de luz llenas,
exenta ahora de penas,
á nueva primavera ascendió su alma,
¡asilo sin segundo!
Mas, aunque allí se goce eterna calma,
¡bello y grato es el mundo!

JOAQUÍN VALMAR.

Buenos-Aires, 1894.



LAS ABEJAS

A mi estimado amigo el ingenioso escritor

D. CASIMIRO PRIETO Y VALDÉS

Cuando poblaba Anacreón la cima
del Himeto con notas acordadas,
áureo enjambre de abejas embriagadas
diz que volaba de su frente encima...

¡Símbolo hermoso! Cuando al vate anima
el Numen de sus horas inspiradas,
de brillantes conceptos las bandadas
evoca en su alma la sonora rima;

y cuando anciano ya, solo y doliente,
al viento esparce melodiosas quejas,
mientras el Sol espira en Occidente,

alado enjambre de memorias viejas
tenaz circunda su argentada frente,
cual los nectáreos lirios las abejas!

Numa P. Llona.

Guayaquil, Enero de 1894.

NUESTROS COLABORADORES



Sra. D.ª Carolina Freire de Jaimes

DISTINGUIDA ESCRITORA PERUANA

UN HOMBRE FELIZ

I

No era moreno ni rubio, y como hay siempre vagueda en esas medias tintas, ya pertenezcan al cielo ó á la tierr Mauricio no era bello ni feo.

En cambio, pertenecía al vulgo de los hombres, y quie dice vulgo dice frivolidad, pequeñez, inteligencia sin alcan ni brillo, alma sin fuego, espíritu sin vigor.

Había nacido para vegetar como ciertas plantas que n son útiles ni bellas.

No tenía ambiciones, porque la ambición sólo reside e los espíritus nobles; no comprendía los arranques de l pasión, porque las pasiones son la lava de los volcanes, no s desarrollan entre las nieves.

Vivía feliz, fumaba, se paseaba, dormía y soñaba... per soñaba ¿con qué? ¿acaso con unos ojos negros, brillantes lánguidos que le hablasen de amor?

¡Amor!... ¿y qué es el amor para ciertos hombres? ¿E siquiera la atracción frívola de ese algo desconocido á cu impulso palpitan los corazones?

¿Es el poder de esa ternura sin duración ni raíces, p grata hasta á los seres irracionales?

¿Es sentimiento? ¿es vanidad? ¿es el poder de la costu bre elevada á la altura de un deber ó un sacrificio?

Mauricio no lo sabía, ni se preocupaba de ello.

Cuanto en la vida real podía conmover, elevar, entus mar, arrancar lágrimas ó aplausos, destrozar el corazón inundarlo de felicidad, era para él una comedia más ó me bien representada, ó el capítulo de una novela romántica.

Pero como no salen al rostro ni esas monstruosida ni esos absurdos, como la fe y el cariño son orgánicos en espíritus delicados, Mauricio tenía amigos, ¡quién sabe ta

bién si era objeto de ocultas simpatías, esas flores del alma que del alma viven!

II

—¡He aquí á Mauricio! ¡Bien venido, Mauricio! ¡Excelente amigo! exclamó un alegre grupo en el atrio de cierto templo, al ver llegar al joven más que nunca risueño y elegante, atraído en ese momento por las campanas, á la misa de las diez.

—Se me ocurre una idea, dijo uno.

—Veamos cuál.

—¿Habéis visto alguna vez á Mauricio enamorado?

—Como vosotros un aerolito ó un cometa á vuestros pies.

—¡Alto ahí, caballeros! exclamó él con fatuidad; hace dos años hallé en mi camino á una rubia adorable; no estoy bien seguro de ello, pero creo que la amé algún tiempo. No obstante, detesto los caracteres sentimentales; una lágrima, una queja, me ponen nervioso, irascible, y... ¡ella lloraba á menudo!

—¿Y después?

—Huí poco á poco y no volví á verla.

—Imaginaste, por supuesto, un viaje precipitado, una enfermedad, un mandato paternal...

—Nada, nada, ¡qué diablo! Supe algún tiempo después que languidecía, que estaba triste y pálida como una flor marchita... ¡nervios! ¡romanticismo! ¡farsas femeniles!

III

—Señora, decía Mauricio un año después á cierta mujer del gran mundo; vuestra hija me conviene; soy libre, poseo una fortuna considerable, tengo edad suficiente...

—¿Y amor?

—¡Oh, señora!... el amor no hace falta en el matrimonio; es sueño de poetas, locura de mujeres sensibles, nubes, ce-

firillos, tempestades del éter que no bajan hasta el alma. Hay que formar familia, edificar un hogar, y busco una vestal que alimente el fuego sagrado; en este sentido la bella Rosita me parece á propósito.

—Habladla, caballero, pero aceptad antes mi consejo: no todas las mujeres son iguales; dirigíos en todo caso al corazón, antes que á la vanidad ó á la fantasía.

—¡Tiempo perdido!

Y Mauricio se acercó paso á paso, y sonriendo con fatuidad, se apoyó en el respaldo del sillón donde descansaba la linda cabeza de Rosa.

¿Qué le dijo? El blando murmullo de voces y risas se llevó sus palabras.

Rosa se volvió hacia él, pálida de indignación, y contestó con voz apagada y triste:

—Ya os he dicho tantas veces, caballero, que amo á otro...

—Eso no importa. Yo no tomo en cuenta las niñerías ni los sueños románticos sugeridos por la lectura de novelas... yo quiero, vuestra madre quiere...

—¿A pesar de que mi corazón pertenece á otro?

—A pesar de todo.

—Entonces, murmuró Rosa, dominada por una cólera sombría é incontenible, no sois más que un fatuo, un ente ridículo, un hombre sin alma!...

—¡Gracias! Todo lo dicho no impedirá que seáis mi esposa.

Y hay, sí, hay bajo este cielo, donde todo es hermoso y puro, donde brilla el sol y las flores exhalan perfumes, donde las almas sienten y aman y suspiran y la pasión se desborda, hay hombres como Mauricio.

IV

Y Rosa, arrastrada por la ambición de los unos y el innoble capricho de los otros, consumó el sacrificio.

Blanca como una estatua y sombría como la venganza, esperó á su marido después de la ceremonia nupcial.

—Habéis hecho algo más, le dijo, que los que compran una esclava en los mercados de Oriente... pero mi alma es libre, mi alma no es vuestra; amo y soy amada; ¿cómo podéis robarme esta dicha celestial?

Frotóse las manos Mauricio con indiferencia; contempló su figura en su espejo, y deteniéndose delante de la indignada criatura, cuyas lágrimas corrían á raudales, le contestó con suave y apacible tono:

—Habéis leído muchas novelas, querida mía; me quejaré á vuestra madre; y de hoy más, sólo leeréis revistas de modas, descripciones de bailes, noticias artísticas, y si queréis páginas de viaje... entonces nos entenderemos perfectamente.

Petrificada y absorta quedó la pobre niña. ¡Ella, todo poesía y sentimiento, espíritu exquisito, inteligencia clara, fantasía soñadora! ¡ella, el ideal perfecto de la ternura delicada!

¿Cuál era el camino que debía seguir? ¿amar? ¿aborrecer? ¿resignarse? ¿morir? pero ¿á dónde irá el corazón que sufre que no lleve enroscada la negra serpiente que lo devora?

Rosa se sometió, calló y apuró el amargo cáliz hasta las heces; escondió su dolor como esconde el avaro su tesoro.

Y Mauricio celebraba su triunfo en ruidosos banquetes, y paseaba su felicidad en brillantes saraos, y dormía mejor y reía y fumaba con delicia, y soñaba como antes... sin soñar nada.

Pero Rosa durmióse una noche para no despertar jamás. Su marido la halló en el lecho yerta, inmóvil, sin vida... ¿y sin huella acusadora? no lo sé.

Suicida ó víctima del dolor, la cadena estaba rota para siempre.

Mauricio continuó tranquilo el camino de la vida. ¡Era un hombre feliz!

CAROLINA FREYRE DE JAIMES.

Buenos Aires, Julio de 1894.



NUPCIAL

AL EXCMO. SEÑOR DOCTOR DON RAFAEL NÚÑEZ

Ornadas de florones, entre acantos
de recortadas folias,
pilastras de verdura las magnolias
remedan. De los pasos y caminos
bordan las rientes márgenes,
collares de convólvulos,
festones de olorosos oxiacantos,
guirnaldas de rubís y esmaragdinos,
coronas de amatistas, perlas trémulas
de orientes irisados y opalinos,
diademas de esmeraldas,
carbunclos y topacios.
Ved. El imperio de la Aurora empieza.
Los céfiros suspiran y adereza
con luces mil su domo el firmamento.
Hay música en el viento,
en los aires suavísimos ardores,
fulgor en los espacios
y abajo mirtos, pájaros y amores.
Floridas astromelias
de escondidos alcores,

verdegueantes almendros y arrayanes
de olorosos pensiles
y resonantes plátanos y taguas
de salvaje espesura,
reflejan sus palacios
de ondulante verdura
en los glaucos cristales de las aguas,
llenas de sol y pétalos de flores.
En risueños enjambres,
silfos y nereïdas
del bosque murmurante, mil olores
esparcen de sus ánforas
de argento cinceladas y zafiro,
besos de sol y púrpura de Tiro,
estallan en los brotes y en las yemas...
Como el aliento de las bocas cálidas
que se buscan y estrechan, de las frondas,
húmedas, centelleantes de rocío,
con ledo murmurío,
se esparcen tibios, amorosos hálitos
en perfumadas ondas.
El llameante licor la vid secreta,
que inspiración alada
y áureas estrofas le dará al poeta.
La rosa nacarada,
del sol bajo los ósculos de fuego,
con suavísimo aroma desfallece,
y trémula en los brazos
del Amado, la Amada
á un tiempo se sonroja y palidece.
¡Oh, ciclo del Amor! ¡Oh, Poesía!
recóndita alegría,
secretas venturanzas,
idilios y poemas,
repletos de promesas y esperanzas!
¡Oh, las nupcias de Abril primaverales,
era de luz, de cántigas y flores,
que estallas en los brotes y en las yemas,
en concierto de besos inmortales,
en explosión de vírgenes olores!

Abrahán Z. López Penha.

Bogotá.



MAL POR BIEN

Toda la noche ha estado nevando, y aún cierne el plomizo cielo sus átomos blancos sobre la tierra. La ciudad ha amanecido amortajada en armiño; las calles están tapizadas con espeso plumón; las casas parecen techadas de azúcar; los deshojados castaños y maples se han convertido en enormes algodoneros cuajados de albos vellones; las coníferas de los parques semejan pirámides abrillantadas, y los sarmientos desnudos de las trepadoras agarradas á los muros y balcones

tienen el aspecto del alambrado recubierto de cristalizaciones, de una gigantesca arborescencia de Diana.

La luz es pálida y dudosa. El sol parece alumbrar al través de un cristal esmerilado. Es una mañana sin gorjeos de aves, casi sin voces humanas; hay movimiento, pero no hay ruidos; todos los ecos se apagan en la sordina de copos de la atmósfera. Tan sólo se deja oir, pero también con apagadores, el chinesco retintín de los cascabeles que en su trote fantástico van los caballos agitando al arrastrar los veloces trineos, cuyas curvas cuchillas abren, silenciosas y rápidas, hondos surcos en la nieve.

Hace frío, mucho frío. Las gentes van embozadas en pieles y gruesos paños; los niños retozan en el blanquísimo polvo, forrados como esquimales; las niñas, con sus dobles abrigos, sus gorras de estambre, que les cubre hasta las orejas, y las manos metidas en manoplas de lana, van alegres y por tandas trotando menudamente sobre la espesa capa blanca, que sus pies, calzados de impermeables, hacen crujir ó dispersar, en medio de infantiles risotadas y de festiva garrulería.

Lesbia, la más crecida de la manada, la espigadita rubia de ojos celestes, la bella Lesbia, traviesa, pero sensible, se ha detenido de improviso. Acaba de descubrir sobre la nieve un pajarillo aterido de frío, inerte, casi expirante.

—¡Pobrecillo! exclama la tierna niña inclinándose y recogiendo al animalito desvalido.

Y rápida, con súbita inspiración de sublime caridad, saca del guante estorboso la mano linda, tira con fuerza del primer botón de su abrigo; mas como resiste el ojal y no se abre:

—¡Vaya, dice impaciente, vaya unos botonazos estos que ahora se usan!

Y lo dice añadiendo nuevo vigor á la diligencia de sus dedos.

El ojal cede al fin, y luego otro, y otro, hasta tres. Pero la pulida manecita de marfil no se detiene. Avanza más adentro, estirando ojales y atropellando botones. Ya está abierta la basquiña, y los deditos febriles siguen escarbando. Ya los broches del corpiño se descasaron violentos; ya el

nácar que ajusta la malla íntima ha dado paso al santuario que ésta protege; ya se siente el dulce calor del pecho generoso. Allí, al rescoldo de esa estufita de amor sencillo, confía la piadosa niña el pajarillo moribundo; cierra luego y de prisa los vestidos, y radiante de samaritana complacencia, continúa



triscando en la nieve, camino de la escuela, estremeciéndose de cuando en cuando con las cosquillas que le produce el arañar de las patitas del prisionero sobre la piel de suave raso, á medida que el pobre paciente vuelve de su letargo mortal y se da cuenta de su envidiable situación.

—¡Qué calorcito tan delicioso! ¿En dónde estoy? No acierto imaginarlo. Lo que sé es que me dormí sobre la nieve